



MARÍA EUGENIA ACOSTA

SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2022



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

María Eugenia Acosta

UNA VIDA ENTREGADA
AL COOPERATIVISMO

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA
AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA
2022

María Eugenia Acosta

UNA VIDA ENTREGADA
AL COOPERATIVISMO

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA
AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA
2022

Santo Domingo, República Dominicana

Ministerio de la Mujer
Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía María Eugenia Acosta Abad
Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2022
Categoría: Empresarial

Autora: Margarita Cordero
Corrección de estilo: Aimara Vera
Cuidado de la edición: Carolina Acuña
Diseño y Diagramación: Importadora Codepro, SRL
Impresión: Importadora Codepro, SRL

ISBN: 978-9945-9342-6-7

© Ministerio de la Mujer, 2023
Av. México, esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso
Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono: 809-685-3755
Email: info@mujer.gob.do
Sitio web: www.mujer.gob.do

Agradecimiento

Recibir el premio más alto que honra a las mujeres dominicanas en nuestro país, la Medalla al Mérito de la Mujer 2022 en el renglón empresarial, ha sido una experiencia muy gratificante. Fue muy significativo estar en un grupo selecto de doce mujeres dominicanas y que el presidente del país Luis Abinader Corona y la ministra de la Mujer Mayra Jiménez me entregaran esta condecoración que visibiliza mi trayectoria de 33 años en la Cooperativa Vega Real.

Ese día me sentí muy feliz y doblemente reconocida. Independientemente de los protocolos de seguridad que conlleva la presencia de un presidente en estos tipos de eventos, viví uno de los momentos más emotivos de mi vida, cuando nuestro presidente, con la sencillez y naturalidad que le caracteriza, tuvo el gesto de invitar y pedir alegremente que subieran al escenario mis hijos Ronin, Chantall, Chanell y Danshell, quienes viajaron desde los Estados Unidos únicamente para acompañarme a recibir esta alta distinción.

Doy gracias a Dios por este reconocimiento, porque con él represento a muchas mujeres que han tenido que romper barreras para llegar a ocupar determinadas posiciones en las empresas, teniendo que sacrificar tiempo y espacio familiar. A todo el equipo de directivos y colaboradores de la Cooperativa Vega Real por su cariño y respeto a mi trabajo, especialmente al Lic. Yanio Concepción, por su apoyo incondicional y por siempre apostar al éxito de las mujeres.

Agradezco a mi esposo Roni y mis hijos porque han sabido esperarme sin desesperarse, y me han acompañado intensamente en este largo recorrido empresarial, camino que ahora transito de la mano con mis nietos y nietas, quienes en su mundo infantil preguntan el para qué de las cosas que hace «mamá».

Felicito y valoro la gestión que realiza el Ministerio de la Mujer en la persona de la ministra Mayra Jiménez porque en su accionar refleja su interés de fortalecer esta iniciativa que se ha convertido en una tradición del país, y sirve de estímulo para que más mujeres se integren a aportar sus ideas, talentos y experiencias en todos los espacios que deseen, preservando las buenas prácticas de los valores de equidad e igualdad y el respeto a los derechos de la mujer.

Reitero mi compromiso de continuar sirviendo a los demás desde cualquier escenario que me encuentre, con especial atención a las mujeres, porque creo en su potencial y conozco la falta de oportunidades que tienen. Enseñar y aprender es lo que he hecho a lo largo de mi vida, y es lo que realmente me hace sentir especial. Motivo a todas las mujeres a trabajar para construir un mañana mejor y comprender que «querer no es poder, querer es hacer».

Gracias de todo corazón.

MARÍA EUGENIA ACOSTA

Contenido

- 11** María Eugenia Acosta:
una vida entregada al cooperativismo
- 23** Los estudios, el camino de la superación
- 31** El encuentro con el cooperativismo
- 39** El cooperativismo es compromiso y estilo de vida
- 49** La política de género, componente insoslayable
- 57** Una casita en el campo y el amor, versión Roni
- 73** Una estabilidad ganada a pulso, versión María Eugenia
- 83** La madre, versión filial
- 95** La responsabilidad compartida
- 105** Armando proyectos frente a una taza de café
- 121** Ella ve más allá de donde alcanza la mirada
- 129** Su primer recuerdo de ella es un abrazo
- 137** Colofón



María Eugenia Acosta:

UNA VIDA ENTREGADA AL COOPERATIVISMO

Nació el primero de enero de 1965 a las seis de la mañana en la Clínica García de Bonaó. A la madre parturienta la condujo hasta al centro de salud Ramón Peña, un amigo del padre, quien terminaría siendo su padrino. Ahora que pierde la memoria sin poder evitarlo, Dionicio Acosta repite como un mantra, en cada cumpleaños de su hija, los detalles del acontecimiento. Ella no logra descifrar por qué los tiene tan presentes. No pasa con el nacimiento de ninguno de sus otros nueve hermanos y hermanas. Ni siquiera fue la primera en nacer, lo que podría explicar razonablemente la repetición del relato, sino la tercera. Conjetura que, por alguna razón que desconoce, su nacimiento impactó la vida de su padre de manera singular. No se empeñó en desentrañar la incógnita y el tiempo para hacerlo se ha agotado. Cada día, la intensa vida vivida por Dionicio Acosta se va perdiendo en la bruma del olvido. Tampoco ha necesitado encontrar respuesta. Le ha bastado con el amor y el apoyo que le brindó su padre. Si alguna marca reivindica, es la que él imprimió en su biografía.



María Eugenia relajada en el regazo de su padre Dionicio Acosta.

El vínculo entre ellos ha sido sólido y amoroso, como lo atestiguan sus recuerdos infantiles. De la memoria emerge, no sin gozo, la imagen de la niña de apenas seis años llorando a lágrima viva cuando veía a su padre ensillar el caballo Campeón, para trasladarse a la ciudad desde el campo en que vivían. Como si a esa edad confiara ciegamente en el poder disuasivo de las lágrimas. Su ánimo, alterado sin pausa durante todo el día, solo encontraba sosiego cuando divisaba, a lo lejos, la figura del padre y su montura.

María Eugenia Acosta Abad se olvida de hablar de ella para hablar de su padre. A tal punto llega la simbiosis. Alude con insistencia a los valores que le dejó en prenda a ella y a sus nueve hermanos, procreados en uniones distintas, pero reunidos siempre bajo el mismo techo. Si a algo no cedió nunca Dionicio Acosta fue a la tentación —más bien práctica común entre los hombres de todas las épocas— de abandonar el nido y olvidarse de los polluelos. Todos sus hijos e hijas vivieron siempre juntos en la casa paterna.

—Nuestro padre nos enseñó dos principios fundamentales: el amor al trabajo y la honestidad. En ocasiones bromeaba diciendo que nos habíamos tomado muy a pecho lo de trabajar, pero no decía lo mismo de la honestidad porque, para él, ser honesto era la única manera de ser persona. Fue siempre categórico en el cumplimiento de esos principios, los que consideraba innegociables. Todos mis hermanos y hermanas, que residen en los Estados Unidos, asumieron el

ejemplo que él nos dio: son trabajadores y honestos, como él quiso que fuéramos.

Hija de una relación rota, y viviendo desde siempre con su padre, que nunca consintió la idea de dejar en manos de las progenitoras la educación de su prole, María Eugenia tiene un recuerdo impreciso de la presencia de su madre en sus años de infancia.

—Mi papá se separó de mi mamá y se casó con Amada Inoa. Nunca supe de ella por un tiempo largo, hasta que estuve grandecita. Mi papá nunca me devolvió a la casa de mi madre. Él dijo siempre que sus hijos le pertenecían. Tuvo hijos con tres parejas y a todos los conservó con él.

Su infancia fue feliz, sin embargo. Quizá hubo momentos en que la ausencia de la madre pesó como una losa. Una madre no es sustituible. Las relaciones con la madrastra, sin importar la intensidad de la armonía, no colman en una niña la necesidad del afecto de aquella que la llevó en su seno. El padre dio todo de sí para suplir la carencia y, en medida que agradece, hizo mucho menos profundo el vacío. Por eso puede decir que la niñez le sonrió.

Viviendo con tantos hermanos y hermanas alrededor —cuatro hombres y otras cinco mujeres—, la niña que fue tuvo poco tiempo para pensar en precariedades emocionales y dejarse influir el ánimo por ellas. La cotidianidad colindaba con la

autarquía; se bastaban a ellos mismos. Compartían poco con otros niños y niñas de sus edades, concentrados como estaban en disfrutar lo que eran capaces de crear como diversión a fuerza de un persistente ejercicio imaginativo. No podía ser de otro modo. Dionicio Acosta se desvivía por mantenerlos unidos, por no dejar a ninguno fuera de su esfera de afecto, pero también de formarlos según las normas que consideraba beneficiosas para temprar el carácter y asimilar valores de los cuales se enorgullecieran.

—En la repartición de tareas sí hubo diferencias. A las hembras nos tocaba ocuparnos de los oficios domésticos y a los varones de los trabajos de mantenimiento de la vivienda. Puedo decir que, de todos, fui la que más trabajó siempre. No fue premeditado, sino las circunstancias. Como he dicho, a nadie se le ocurría que los varones fregaran un plato o limpiaran la casa. De las hembras, una era muy pequeña, otra tenía siempre una dolencia y así por el estilo. Además, yo tenía un carácter muy humilde y a veces eso tiene consecuencias. Por ejemplo, en mi adolescencia, cuando tenía trece o catorce años, me tocó siempre preparar la cena porque mi papá y mi madrastra eran presidentes de asamblea en la iglesia y andaban continuamente en actividades. También debía planchar la ropa de todo el mundo.

Ni siquiera los sábados podía María Eugenia dedicarse al ocio. Como toda adolescente de aquella época, cuando Bonao estaba todavía más cerca de lo rural que de lo urbano, a ella

le hubiera gustado «vestir bonito», sentarse en la galería a hablar con sus amigas o, simplemente, mirar pasar a la gente. No podía hacerlo: la esperaban el lavado de toda la ropa, incluida la que usaba su papá en la Falconbridge, minera en la que trabajaba por entonces, y la limpieza profunda de la casa. No se quejaba. Para ella las tareas a su cargo eran su responsabilidad y las asumía como parte del orden natural de la vida. Orlando, el cuarto de la tropa, con quien mantenía una relación más estrecha que con el resto de sus hermanos, en muchos momentos fue su cómplice.

Solo un tiempo después, cuando la madurez cambió su perspectiva de las cosas, pudo hacer una lectura crítica de lo vivido. Su reacción emocional «fue fuerte», al punto de desmejorar relaciones afectivas, pero la lucidez no la condujo a la aversión. Las heridas habían sanado solas mucho antes y las cicatrices apenas cumplían el incoloro papel de recordar la experiencia.

—Las cosas malas pasan, las proceso y las olvido. Nunca he permitido que me afecten. Tampoco sé guardar rencor. Muchas de mis vivencias infantiles pudieron haber limitado mi crecimiento personal, pero no ocurrió. En ocasiones hablo con amigas que me cuentan experiencias similares que no lograron superar. Yo, por el contrario, me empeñé en superarme, no me dejé bloquear, no me quedé estancada a consecuencia de ninguno de esos episodios, que fueron muchos porque, cuando una se cría sin su madre, que es la

principal protectora, aunque el padre u otra persona quiera, no hay manera de sustituirla. Puedo decir que es muy difícil.



Mi madre me hizo falta. Ese espacio, esa atención. Desde luego, hay madres que no tienen mucha conciencia de las necesidades de sus hijos, lo que no logro explicarme porque esa conciencia es algo innato en la mujer. No me imagino a mí misma no identificando la necesidad de un hijo. Cuando una madre falta, una se da cuenta, lo vive. Yo lo sufrí, pero eso no me impidió seguir adelante.



Mientras fue niña, y es lo que quiere rescatar para su memoria, todo le resultó grato. Ella era una con sus hermanos y hermanas. Esa unidad casi monolítica no se vio afectada por la conducta impredecible de Amada, la última esposa de su padre, madre de la más pequeña de la numerosa familia, quien, contrariando el espíritu de colmena, privilegió a su hija con atenciones exclusivas tan ostensivas que no podían pasar desapercibidas para el resto.

Empero, y en una demostración de madurez inusual a esas edades, comprendieron que toda madre, sea cual sea, encuentra difícil contener el particular amor que siente por aquellos salidos de su vientre.

El tiempo y sus demandas fueron poco a poco aflojando los lazos. Adultos, cada uno emprendió su propio camino, y la apretada unión de aquellos años de infancia se fue con ellos.



María Eugenia compartiendo con su hermana Yris.

Se reúnen eventualmente y rememoran las travesuras, los pequeños conflictos, los juegos en los que ocupaban una gran parte del tiempo. Le gustaría que la relación fuera más intensa, pero lo sabe imposible: diferentes ciudades y países de residencia y distintas áreas de interés les dificultan coincidir. Ya no es lo mismo, y María Eugenia siente nostalgia.

—Fuera de los episodios con mi madrastra, todo marchó entre nosotros de la mejor manera mientras vivimos en la misma casa. Teníamos la costumbre de comer todos juntos; mi papá era intransigente con eso. También nos reuníamos para rezar el rosario. Al lado de la casa había un conuco y yo era la encargada de preparar la ensalada. Mi trabajo previo consistía en ir al patio, arrancar la lechuga, el rábano y el tomate y después disponerlos en la bandeja. Pienso que de esa actividad proviene mi inclinación por el arte: lo que pusiera en la mesa debía ser lo más bonito. Creo que a partir de ahí enraizó mi interés por hacer las cosas bien hechas: que gustara a todo el mundo, incluida yo. Eso me marcó mucho. Me gusta ver las cosas bonitas, los espacios bien arreglados, la composición equilibrada.

Puede llegar a ser quisquillosa, aunque nunca pierda la amabilidad. El gusto por lo excelente lo fue aprendiendo poco a poco, a través de los cursos que, de adolescente, realizó con el apoyo incondicional de su padre: desde cosmética hasta manualidades, pasando por la floristería y la costura, actividad esta última que le depositó en el alma el gusanillo del diseño.

Impartidos de seis a nueve de la noche, horas poco propicias para que una adolescente pueblerina de aquella época anduviera sola, María Eugenia llegaba y partía del instituto acompañada de su padre. Cuando otros compromisos de fuerza mayor obstaculizaban el hábito, Dionicio Acosta comisionaba a una tercera persona para que fuera su escolta.

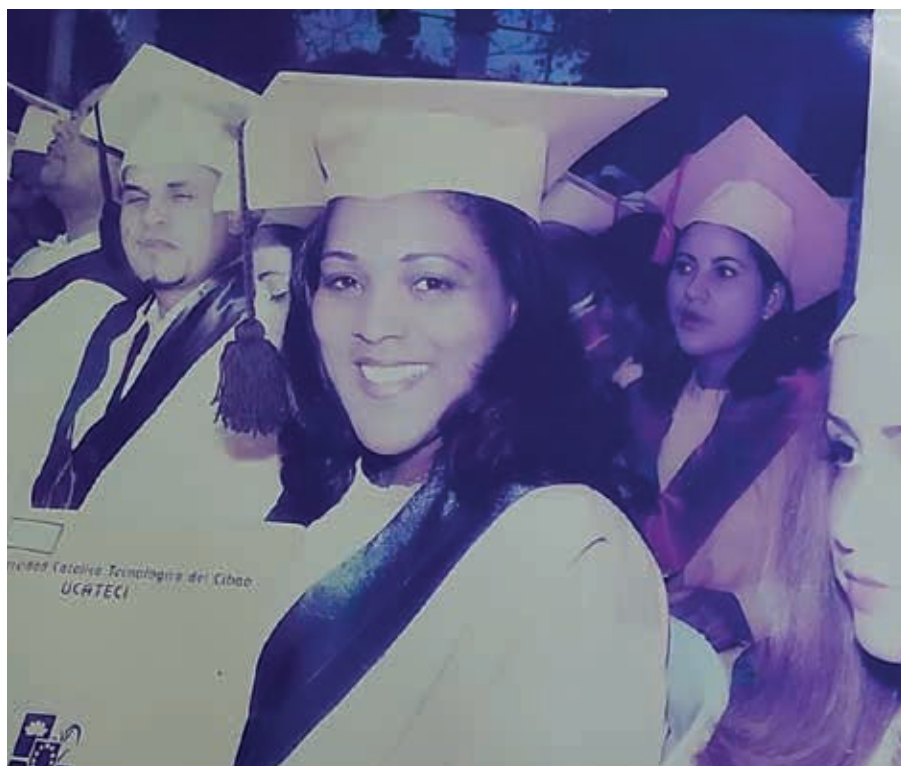
Fue en esa época de experimentos formativos tan diversos cuando a María Eugenia se le instaló en la voluntad el «deseo de ser alguien». Necesitaba garantizar, utilizando la variedad de conocimientos, que el futuro de su vida fuera abundante en opciones; alguna de ellas, se decía, terminaría llevándola donde se había propuesto llegar.

—En el barrio donde vivía peinaba a todas mis amiguitas. Si había un cumpleaños, ahí estaba yo arreglando, maquillando. Cuando fui creciendo, también me ocupaba de la decoración de las bodas. Estaba muy centrada en mi propósito de superación, en conseguir algo que me garantizara la seguridad. Al no haberme criado con mi mamá y no contar mi papá con las facilidades que le permitieran suplir las necesidades de todos sus hijos, porque su salario apenas alcanzaba para cubrir lo básico, supe siempre que él no podría costear mis estudios universitarios y que me correspondía a mí prepararme para asumir el costo y el riesgo.

El temprano convencimiento de que realizar su proyecto de vida era tarea individual arraigó en ella la conciencia de la autonomía y fortaleció su madurez mental y emocional. Bonao no era el lugar de su futuro ni la vida doméstica su destino. No quería ser habitante del gineceo, sino del ágora.



María Eugenia con Argentina Cruz, su amiga-hermana.



Graduación de María Eugenia de su segunda carrera universitaria en Ucateci.

Los estudios, el camino de la superación

A los diecinueve años, terminado el bachillerato, María Eugenia se mudará a La Vega para cursar estudios en la Universidad Católica del Cibao (UCATECI). Daba con ello el primer paso hacia la meta fijada desde que, aún muy joven, entendió que «ser alguien en la vida» exigía el prerrequisito del conocimiento. Debó vencer antes algunas resistencias familiares justificadas en su juventud y en el riesgo implícito de vivir alejada de los controles parentales. Nada la disuadió. Por primera vez hizo caso omiso de las opiniones de quienes, hasta entonces, habían tenido el poder de puntear su camino. Daysi Cruz, hermana de una entrañable amiga, la alentaría a no ceder en su determinación de marcharse a buscar nuevos horizontes.

—Mi hermana Ambrosina recuerda esos momentos y me dice que fue la única ocasión en que me vio enfrentar a mi madrastra, quien oponía la mayor resistencia a mi ingreso a la universidad. Siempre había sido muy sumisa, muy obediente en todo, absolutamente en todo. Pero esa vez le dije con mucha firmeza «me voy y me voy», y no hubo quien me detuviera.

Su llegada a la Ciudad Olímpica tiene detalles hilarantes. Su padre había acordado con un amigo al que lo unían un gran afecto y confianza que María Eugenia iría a vivir en su casa.

El acuerdo se formalizó en Bonaio durante una reunión en la cual Luis Pérez Mejía no se anduvo con rodeos sobre lo que esperaba de su comportamiento ni sobre las reglas a las que debía someterse. El día de su llegada, maleta en mano, la recibió la esposa con el desconcierto transfigurándole la cara: no había sido advertida de que, en lugar de seis —ella, su marido y cuatro hijas—, ahora serían siete habitando bajo el mismo techo. La turbación de Luisa Mateo de Pérez no tardó en disolverse; María Eugenia se ganó pronto su afecto y su respeto por su disciplina y espíritu colaborativo. Se agregaba el plus del cariño que la joven huésped sentía por las niñas. Lo dio todo para lograr ser valorada, no como la joven mujer que asumía tareas domésticas y la contribución económica sin chistar cuando comenzó a ganar un salario, sino como un ser humano con ambiciones de abrirse paso en el mundo con el esfuerzo propio como único recurso. Luis Pérez Mejía y Luisa Mateo no le regatearon cariño ni reconocimiento. María Eugenia se convirtió en una hija afectiva que, con el andar del tiempo, se uniría a ellos por el vínculo sacramental del bautismo: son los padrinos de sus primeros dos hijos.

Pese a su ambiente todavía pueblerino, La Vega y la universidad introdujeron a María Eugenia en un mundo insospechado. Fue «comenzar otra vida». Adaptarse a una cotidianidad regida por costumbres y maneras muy distintas a las que habían sido las suyas, fue su primer choque.



María Eugenia compartiendo con Luis y Luisa Pérez, esposos que la recibieron como una hija cuando se trasladó de Bonao a La Vega.

Después, la impactó el entorno universitario y la obligada interrelación con reconocidos profesionales, referentes para ella del éxito académico que se había propuesto lograr. Sus capacidades de organización y la eficiencia en las tareas le ganaron el aprecio de las autoridades y, por vía de consecuencia, un empleo que le permitió cubrir sus necesidades básicas, además de arrimar el hombro a su familia de acogida.

Los puestos ocupados fueron muchos: registro, recepción, caja, el Departamento de Contabilidad. En definitiva, todas las que podía desempeñar en el área administrativa una joven estudiante que garantizaba de ese modo su permanencia en la *alma mater*.

Cuando ingresé, la universidad estaba construyendo su campus y participé de todo eso. Fue muy intenso. Aprendí de mi papá a entregarme al trabajo, así crecí. Desde que llegué a la UCATECI me involucraba en todo con el objetivo final de aportarle. Nunca dejé de estar en una actividad.

—En la universidad trabajaba mucho. Cuando había inscripción, me quedaba hasta pasadas las nueve de la noche, sin recibir paga por ello. Trabajaba extra. Con ocasión de las festividades universitarias, me hacía cargo de la organización. Lo arreglaba todo, lo decoraba todo. Contribuí con la formación del equipo de protocolo y llegué a reglamentar cómo debían

ir vestidas sus integrantes. En todos los lugares daba todo de mí en busca no de aplauso, sino de valoración. Miro hacia atrás y me digo qué fácil es ahora. A mí me costó mucho sacrificio, mucho esfuerzo. En cada uno de esos escenarios hubo situaciones en las que, por mi falta de experiencia, no me correspondía intervenir, pero no las rehuí y me fue bien. Me digo que estoy bendecida. ¿Cómo, si no, esta muchachita llegada de Bonao pudo enfrentarse a tantos retos y salir airosa?

El trabajo no terminaba cuando abandonaba el campus. De regreso a la casa del matrimonio Pérez-Mateo asumía tanto por conciencia como por obligación otras tareas muy alejadas de la academia. Quizá María Eugenia no conocía entonces el viejo y expandido aforismo que invita a hacer limonada con los limones que da la vida, pero lo asumió como norma.

—Fue duro, pero fue bueno porque me dejó un aprendizaje increíble. Mucho sacrificio, mucho esfuerzo, pero valió la pena. La forma en que me preparé tiene mucho valor para mí. Quizás no lo vi en ese momento, pero es así. Me agregó mucho.

Su adaptabilidad a las circunstancias, diametralmente distinta a la resignación, la ayudó a perfilar su proyecto de vida. Soñaba con ser diseñadora. En la casa paterna su madrastra dirigía un pequeño taller de costura con tres máquinas industriales que imprimían un acelerado ritmo a las actividades cotidianas. Puede que haya sido ese taller el germen de su interés por el diseño y de su deseo de estudiar con Mercy Jácquez, un ícono

de la moda dominicana, fundadora del Instituto Técnico Superior Mercy Jácquez (ITSUMJ). Con los restos de tela que quedaban, le confeccionaban vestidos que ella ideaba y plasmaba sobre el papel. Carente de recursos que le permitieran radicarse en la capital, donde funciona todavía hoy el ITSMJ, optó por cursar un secretariado ejecutivo en UCATECI, una carrera que, en aquellos tiempos, ofrecía un margen de empleo relativamente amplio.

—Mi intención era ejercer el secretariado para cubrir mis estudios de Diseño, pero al trabajar en la universidad me envolví en cuestiones administrativas y de dirección. Confiaban mucho en mí y fui muy querida por todos, incluido el rector monseñor Ramón Flores, quizás porque sabían de dónde venía y lo que estaba haciendo. Mi propósito fue siempre que estimaran mi trabajo, y creo que lo logré a juzgar por la retroalimentación que aún sigo recibiendo.

La UCATECI no fue su única prueba de adaptación. Quizá el tiempo y la dinámica social hayan variado la autoimagen de la sociedad vegana, pero en los tiempos en que María Eugenia, una agraciada mulata de origen humilde, rompía brazos para subir peldaños en la escalera del mérito, el clasista ambiente y el repelús por el tono oscuro de la piel no la dejaron indiferente, pero tampoco la abatieron. Tomó el toro de la vida por los cuernos y no cejó hasta vencer, uno a uno y no siempre sin dolor, los obstáculos que fueron apareciendo en su camino.



María Eugenia, acreditada como International Team Coach por el máster en Coaching Joseph O'Connor, acompañada de Víctor Gómez.



María Eugenia en discurso a cooperativistas.

El encuentro con el cooperativismo

Corría el año 1990 y María Eugenia amamantaba a un niño de ocho meses, Rony (Ronín), su primer hijo. Había llegado el momento de procurar una entrada extra al hogar, cuyos gastos habían crecido exponencialmente con la llegada del niño. Ella abandonó el trabajo en UCATECI cuando formó pareja, por lo que comenzó a probar suerte en varias instituciones veganas. A tres de ellas, entre las que estaba la Cooperativa Vega Real, les satisfizo su currículum y las habilidades demostradas en la entrevista, y le ofrecieron un puesto. Se decidió por la cooperativa porque su horario hasta las tres de la tarde le brindaba la posibilidad de dedicar más tiempo a su bebé.

—Para entrar a la cooperativa como secretaria del gerente general Osvaldo Sánchez, competí con otras treinta aspirantes. Tuvimos que someternos a una prueba psicológica, además de demostrar competencias curriculares. Me eligieron a mí. No para ocupar un puesto de nueva creación, sino el de una persona que sería ubicada en otra posición, lamentablemente inferior.

Las circunstancias de su ingreso fueron poco auspiciosas. El malestar de la desplazada se convirtió en ataques y propalación de infundios, cuyo propósito fue disminuirla moralmente a los ojos de los mandos ejecutivos y fomentar la malquerencia hacia ella en el resto del personal. Solo su deseo de abrir-

se paso la ayudó a superar las consecuencias de la desagradable situación. Tuvo la suerte de encontrar respaldo en el profesor Hugo Estrella, presidente de la entidad. Un hombre excelente, lo describe, cargado de humanidad y de una amplia visión, que fue impermeable a las falacias cuando se ventilaron en el Consejo Directivo.

Para entonces, la Cooperativa Vega Real era una institución incipiente, carente de una estructura organizativa que asegurara su crecimiento. La experiencia acumulada durante sus años de trabajo en distintos departamentos de la UCATECI le permitió a María Eugenia hacer propuestas que, acogidas por los directivos, comenzaron a dar forma a la entidad.

—Comencé a hacer aportes, a elaborar reglas y documentación, a trazar políticas. Mi trabajo fue muy apreciado porque sus frutos comenzaron a verse en el crecimiento de la empresa. Se abrieron nuevas sucursales y se construyó el edificio que ahora ocupamos. Desde la secretaría de la Gerencia, me involucraba en todo: hacía negocios, archivaba, recibía los fondos, etc. Como tampoco existía el Departamento de Recursos Humanos, me ocupaba de entrevistar a quienes se postulaban para un cargo. Era una entidad pequeña y podía supervisarlo todo. Además, como secretaria de la Gerencia era mi responsabilidad que todo marchara bien.



María Eugenia en sus inicios en la Cooperativa Vega Real junto a sus compañeras Juana, Iluminada, Nancy e Yngrid.

María Eugenia se involucrará igualmente en la plasmación del organigrama con los nuevos departamentos demandados por el crecimiento de la cooperativa. Mientras estas innovaciones se concretaban, y siempre desde la Secretaría de la Gerencia, comenzó a recibir personas deseosas de invertir en la entidad. Siente gran satisfacción cuando esos primeros clientes, ya en edades muy avanzadas, visitan la sede para cuestiones relacionadas con sus negocios y solicitan que ella los atienda, como en los viejos tiempos. Siempre los complace.

Cuando aprendo algo, tengo que ponerlo en práctica. No me quedo con lo que he aprendido porque, si lo hago, no tendría sentido aprender. Me gusta replicarlo. Lo hago siempre con mis hijos, y lo hago en la cooperativa porque mi preocupación es que la gente sea cada vez mejor.



La razón de esta preferencia no es capricho de envejecientes. Nace de la confianza que supo ganarse orientando al cliente para que optara por las oportunidades de inversión de mayor rentabilidad y desestimulando aquellas que, aunque con rendimientos más atractivos, ofrecían un margen de control de riesgo mucho menor.

La Unidad de Recursos Humanos la tendrá como impulsora y primera encargada. Desde esa instancia elaboró todas las políticas, manuales, protocolos y procedimientos que orientaran la captación de los mejores recursos técnicos y profesionales. Solo cuando todos los requisitos fueron satisfechos, a la unidad se le confirió categoría de departamento. La ampliación de la estructura organizativa continuó avanzando. Llegado el momento de formar la Gerencia Operativa, las mismas exigencias de cualificación que ella había creado conspiraron contra el natural derecho de María Eugenia a ser escogida como titular: tenía el perfil, pero no el grado académico.

—Fue entonces cuando inicié la licenciatura en Administración de Empresa. La experiencia me había demostrado que, para continuar avanzando, necesitaba un título. De hecho, en cada ocasión en que fui responsabilizada de un departamento, me preparé antes y durante. Cuando ocupé el Departamento de Recursos Humanos, realicé varios diplomados para entender mejor el funcionamiento de un área tan neurálgica como esa. Asimismo, años después, para ocupar la Gerencia General cursé una maestría en Alta Gerencia, concentración Estrategia, en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Pero no solo yo me he ocupado de mejorar y actualizar mi nivel académico; en la empresa, todos los gerentes han tenido, y tienen, la misma oportunidad. Hemos crecido con la empresa, integralmente.



Graduación de su maestría en Gestión Estratégica en la PUCMM.

Entender la dinámica de su arraigo en la cooperativa obliga a asociar su promoción con su manera de hacer las cosas. Apostando siempre al éxito, pero no sin riesgo, María Eugenia ha contribuido decisivamente con llevar a la empresa al nivel en el que se encuentra hoy. Cada paso tuvo también sus particularidades. Recuerda que la Gerencia de Operaciones era responsable no solo de las transacciones, sino también de la marcha total de la empresa. Un modo atípico de gestión, pero finalmente mucho más productivo: le permitió conocer el funcionamiento integral de la cooperativa.

Elegida en 2009 para ocupar la posición de gerente general tras el retiro del titular, María Eugenia echará mano del acervo acumulado y emprenderá innovaciones y reestructuraciones que darán un mayor impulso al crecimiento de la entidad. Mas no descuidará sus avances personales. Consciente de que la dimensión del reto era muy superior a los pasados, continuó alimentando su caudal de conocimiento de manera que ni un solo aspecto de la gestión le fuera desconocido o incomprensible.

—En todo momento tuve claro que la cooperativa no podía retroceder. Si pienso en qué cosa me resultó inicialmente más difícil cuando pasé a ocupar la gerencia general, diría que integrar el equipo, crear la cultura de la identificación con el objetivo. Para lograrlo desplegué muy concienzudamente una práctica que he seguido desde mi integración a la empresa: involucrarme con las necesidades de las personas

en los ámbitos laboral y privado. Esa ha sido mi clave: ganar-ganar. Me ha dado muy buenos resultados. En la cooperativa nunca se ha dicho «vamos para allá», sin haberlo logrado. Quizá esto cambie en el futuro, cuando ya no estemos, pero puedo garantizar que el actual es un equipo motivado con el que tengo una relación de mucha empatía y colaboración.



Despedida de Osvaldo Sánchez, quien fuera gerente general de la cooperativa Vega Real y el superior inmediato de María Eugenia por varios años.

El clima laboral de la Cooperativa Vega Real no es el proceso, sino el resultado. En el entretanto ha debido emplear toda su inteligencia y voluntad para desbrozar el camino de obstáculos. Habrá siempre quien, más que disentir —lo que es legítimo y sano—, procure obstruir los avances. Son los menos, pero son.

Los ha visto actuar frente a proyectos de largo aliento y en el trabajo diario. Se ha preguntado el porqué de estas conductas. De tanto analizarlas, terminó por admitirlas como parte de la diversidad humana.

—Le digo a los muchachos y a las muchachas que ser buen profesional no es poseer un título y haber logrado una carrera. Hace falta capacidad para lidiar con las diferentes personalidades y actitudes. Si uno no desarrolla esa capacidad, no podrá ni dirigir bien ni le irá bien en la vida, porque solo uno no logra nada. No es verdad que se tendrá siempre un equipo excelente o que no se encontrarán obstáculos. Hay que lidiar con eso en el día a día. Me decepciono, sí, cuando debo tratar con personas que no son honestas, que no son sinceras, pero la experiencia me ha permitido sortear esas conductas.

Algunas de esas circunstancias la han puesto a prueba y la han obligado a tensar sus capacidades al límite. Incluso entonces no ha dejado de situar en primer plano su vocación dialógica y persuasiva, aunque tampoco le haya temblado el pulso a la hora de hacer prevalecer la ética laboral y los intereses de la cooperativa, que son, en definitiva, los de una población que, junto con su dinero, deposita su confianza en la integridad institucional. Actitud esta última que entronca con el valor de la solidaridad, aunque haya quien tenga una interpretación contraria.

El cooperativismo es compromiso y estilo de vida

Hace ya 464 años Peter Cornelius Plockboy, un holandés radicado en Inglaterra, publicó un panfleto de extensísimo título: *Ensayo sobre un proceso que les haga felices a los pobres de esta nación y a los de otros pueblos, consistiendo en reunir cierto número de hombres competentes en reducida asociación económica, o pequeña república, en la cual cada uno conserve su propiedad y pueda, sin necesidad de acudir a la fuerza, ser empleado en la categoría de trabajo para la cual tenga más capacidad.*

La propuesta del documento hundía sus raíces en la idea del cristianismo primitivo de comunidad y protección como forma de convivencia de los seres humanos. Profundamente religioso, como resaltan las notas sobre su vida y obra, Plockboy creía firmemente en la asociación de las personas para desarrollar estilos de vida que satisficieran las necesidades de cada uno gracias al esfuerzo colectivo del cual, lógicamente, el beneficiario también participaba.

En un artículo sobre Plockboy y la «república cooperativa» que propugnaba, Javier Divar Garteiz-Aurrecoa reivindica la calidad de «patriarca de la cooperación» del emisor del panfleto y de las cooperativas como «sociedades económicas

para la “salvación de los pobres”¹». Algunos autores sostienen que la primera cooperativa moderna fue la Compañía Común de Ampelakia, fundada en Grecia en 1772 cuando 22 asociaciones de cultivadores de algodón y productores de hilo de la zona de Tempi se unieron para evitar rivalidades y formar una empresa constituida por 6,000 socios, 24 fábricas y 17 sucursales que se irradiaron a toda Europa².

En 1844, en el noroeste de Inglaterra, nace la Sociedad de los Pioneros Equitativos de Rochdale, la que sí se considera como la primera en «sistematizar y escribir pautas de funcionamiento que originaron los conocidos Principios Cooperativos³» que todavía rigen al cooperativismo universal: libre adhesión y libre retiro; control democrático por los asociados; participación económica de los asociados; autonomía e independencia; educación, capacitación e información; cooperación entre cooperativas, e interés por la comunidad.

Aunque la sociedad reivindicaba la pertenencia sin distinción de sexo, raza, religión o cualquier otra condición, el acceso de las mujeres a sus beneficios les estaban vedados en los hechos. Paradójicamente, bajo el reinado de la reina Victoria, quien

1 Javier Divar Garteiz-Aurrecoa (2010). Reflexiones: Peter Cornelius Plockboy y la república cooperativa. *Revesco. Revista de Estudios Cooperativos*, 102:145-153. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/36385/>

2 Oscar Bastidas Delgado (1 de noviembre de 2020). Sobre economía social, ¿sabías qué? (parte III). *Economía Solidaria*. <https://www.economiasolidaria.com.ar/sobre-economia-social-sabias-que-parte-iii/>

3 *Ibidem*.

gobernó durante 61 años, y en el apogeo de la Revolución Industrial, las mujeres, especialmente las de la clase trabajadora, carecían de solvencia económica, privilegio exclusivo de los hombres, por lo que no podían pagar la libra esterlina que costaba la afiliación a la Sociedad de los Pioneros Equitativos. No será hasta 1846 cuando una mujer, la tejedora Eliza Brierley, se convierta en miembro de pleno derecho. Desde entonces, las mujeres constituyen más del 50 % de los 1,217 millones de personas afiliadas al cooperativismo en el mundo.

Las ideas solidarias y colaborativas del cooperativismo han permeado desde sus orígenes a numerosos grupos sociales y políticos. Respuesta a las formas de relación social y productiva del libre mercado capitalista, encarna la utopía de una sociedad de iguales y de necesidades satisfechas. Son estas características las que explican algunas de las razones por las cuales para el cooperativismo fue difícil encajar en la sociedad dominicana bajo la férula de la dictadura trujillista.

A mediados de los años cuarenta del pasado siglo, el cooperativismo comenzó a abrirse camino —más bien un trillo, dadas las adversas condiciones políticas— de la mano de los sacerdotes de la Orden de los Scarboros. El padre Alfonso Chafe alentaré la organización de la primera cooperativa de ahorros y crédito en Manoguayabo y, posteriormente, hará lo mismo en Bayaguana el padre Santiago Walsh. Ambas iniciativas tenían la impronta de la solidaridad, pero no la

adecuada gestión técnica, por lo que la orden religiosa decide enviar al país al padre Pablo Steele, quien se radicará en San Francisco de Macorís⁴.

La creación de cooperativas de ahorro y crédito y de consumo promovida por los padres Scarboros continuó a paso lento, pero firme. En agosto de 1949 una reunión de delegados de las ocho cooperativas existentes deja formada la Federación de Cooperativas de Ahorro y Crédito (Fedocoop), que insuflará nuevos y poderosos bríos a este tipo de organización (Vega Real, 2020). La dictadura no tardó en encontrar que ese asociacionismo ajeno a su control político despedía el olor sulfuroso del «comunismo» y decretó su extinción. El resurgimiento deberá esperar hasta 1963, año en que se crea el Instituto de Desarrollo y Crédito Cooperativo (Idecoop) mediante la Ley 31-63.

Avatares no le han faltado al cooperativismo dominicano, hijo de la suspicacia política de gobiernos poco inclinados a valorar la solidaridad social, de algún que otro desliz de entidades cooperativas seducidas por el lucro y de conductas indecorosas, al parecer inevitables en toda organización humana. Sin embargo, el cooperativismo ha resistido y navegado con mejores vientos.

⁴ Cooperativa Vega Real (2020). *Guía educativa*. La Vega, República Dominicana.

En este clima de expansión nace la Cooperativa Vega Real, teniendo como base la unificación de las cooperativas Las Mercedes y Salesiana, el grupo Parque Hostos y el Colegio Eugenio María de Hostos y, como filosofía, los principios de la transparencia, la honestidad, el amor por la naturaleza, la equidad e igualdad y la vocación de servicio.

—Para mí, el cooperativismo no es un trabajo. Es un compromiso y un estilo de vida. Mis hijos, mi esposo y todo el que está en mi entorno lo saben. Es como si le preguntan a una a cuál religión pertenece, si católica o evangélica, y responde con un gran sentido de identidad. Es en esa perspectiva en la que soy cooperativista. Para decirse tal, el cooperativista debe modelar sus acciones conforme a determinados principios y valores. Esto no se circunscribe al cooperativismo como ámbito empresarial, sino que se traslada a la vida personal.



María Eugenia representando a Vega Real ante el Colac en la ciudad de México.

El primer espacio para ejercitar estos valores es la propia empresa. La relación horizontal, que no anula el deber de la jerarquía de garantizar la buena marcha de la cooperativa, caracteriza a un equipo de trabajo que, al tiempo de perseguir la rentabilidad financiera, pone en primer plano el bienestar de los socios.

María Eugenia es insistente en crear conciencia del ahorro en cada una de las personas integrantes de la plantilla, convencida de que el cumplimiento de las expectativas individuales y sociales pasa por contar con medios económicos y, parejamente, con una meridiana claridad respecto a los fines. Las precauciones que aconseja a los suyos son hechas a las personas que se acercan a la empresa en busca de aval para sus proyectos. No pocas veces le ha tocado escuchar a solicitantes de crédito describir objetivos irrealizables con un vigor y ánimo envidiables. Los mira fijamente y, con calma, desmonta pieza por pieza el frágil andamiaje levantado al tuntún. No siempre tiene éxito en disuadir al iluso, pero siente que es su deber de cooperativista devolverlo a la realidad. Por eso hace hincapié en que los empleados y las empleadas de la Cooperativa Vega Real se fijen metas realizables y disciplinen el gasto.



No puedo negociar la honestidad, no solo porque me la enseñara mi papá, sino porque es un valor del cooperativismo. La solidaridad, la ayuda mutua, todo esto lo llevo impregnado en mí. Por eso digo que soy una embajadora del cooperativismo. Donde quiera que esté, lo hablo, lo practico, lo modelo.



Celebración de la iniciativa Desayunando con María Eugenia, actividad que promueve la participación e integración del personal.

No hay intención moralizante en su visión crítica de la conducta de un alto porcentaje de la actual generación, cantera de las propuestas más descabelladas en busca de financiamiento. Mientras escucha los detalles de los «proyectos», se pregunta por la calidad del caldo formativo en que esta febrilidad ha prosperado, y extrae de ello lecciones que le sirven para ejemplificar las consecuencias del desvarío cuando instruye al personal bajo su mando.

Valor resaltante del cooperativismo es igualmente la solidaridad. Insiste en ello porque está persuadida de que sin la vocación de ayuda al bienestar y desarrollo de los demás, el cooperativismo perdería su esencia, negaría el propósito que le dio origen y se convertiría en simple remedo de una visión y una práctica empresariales desprovistas de humanidad.

—Digo siempre que las personas quieren lograr cosas: quieren un carro, y lo tienen; a mí me ha pasado, he conseguido el carro que quería; pero luego surge la pregunta ¿y ahora qué? La persona se siente igual que antes. Adquiere la casa de sus sueños y sigue igual. Entonces, ¿qué es lo que quiere lograr? Lo entendí hace mucho: el buen vivir. Ayudar a los demás, sentirse bien, no hacer mal a nadie, dormir en paz porque la conciencia está tranquila. Es lo que más valoro del escenario en que Dios me ha permitido actuar. Hay personas que quieren ayudar, pero por alguna limitación no pueden hacerlo. La cooperativa me ha dado la oportunidad de ayudar y es lo que realmente me llena.

Con ocasión de su cumpleaños 58, la empresa organizó un festejo en el que no faltaron las valoraciones de María Eugenia como gerente y como ser humano. Su ánimo fue estremecido. Le pareció de pronto encontrarse, no en una celebración de su fecha de nacimiento, sino en su despedida de la institución, a la que ha pertenecido durante más de tres décadas.

Como si estuviera en el trámite de posicionar a la persona que la sustituiría. En definitiva, su mayor anhelo es dejar en la gerencia general a alguien cuyo compromiso con el cooperativismo constituya la salvaguardia de las prácticas que han hecho posible el crecimiento empresarial sin abandonar el marco de los valores fundacionales.



Celebración en la empresa del cumpleaños 58 de María Eugenia.

—En los últimos años he trabajado para asegurar que se respete la institucionalidad, que las normas adoptadas se cumplan sin importar quién esté a cargo. Pensar y trabajar en esa dirección me irá llevando al retiro con el que siempre se sueña porque permite estar tranquilo, dedicarse a la familia. En mi caso, cuando eso suceda, quiero continuar colaborando con el cooperativismo, no importa el escenario.

Con casi toda seguridad, el momento de decir adiós no llegará a corto plazo. Le falta mucho por hacer y no quiere dejar su obra inconclusa. Formar un buen relevo, que existe en la institución como sólida promesa, toma tiempo. La lucha por la sostenibilidad librada por la Cooperativa Vega Real ha sido

demasiado dura y no puede correr el riesgo de ser echada por la borda. No soslaya que sobre el futuro de la entidad gravita una cultura social proclive a olvidar sus deberes, a excluirse de la responsabilidad que, de ser cumplida por todos y cada uno, harían de la República Dominicana un país distinto.

La política de género, componente insoslayable

En buena medida resultó fácil para la Cooperativa Vega Real oficializar la equidad e igualdad de género como componente esencial de su quehacer. Formaba parte de su historia mucho antes de que fuera teorizada e incorporada a las prácticas que los cambios culturales y de época y las decisiones del Estado convirtieron en políticas públicas.

—Desde el nacimiento mismo de la cooperativa se formó un comité de mujeres. Nuestros fundadores fueron visionarios e instituyeron ese comité. Las mujeres fueron construyendo su propio espacio, incluido un congreso, para socializar sus problemáticas, y demandaron un programa de actividades formativas que las dotara de los conocimientos y herramientas para sustentarse económicamente.



Reconocimiento a mujeres cooperativistas.

No se trataba solo de mujeres que participaban en mayoría en las diferentes instancias de la cooperativa, sino también de cuidar la calidad de las prácticas internas, de manera que las desviaciones del propósito equitativo e igualitario pudieran ser corregidas a tiempo. El lenguaje inclusivo en la formulación de las políticas y programas fue arma eficaz en la brega por cambiar mentalidades.

Enterada de que estas prácticas en materia de género podían ser evaluadas, la Cooperativa Vega Real, impulsada por María Eugenia, solicitó ser sometida a escrutinio. En 2017 la empresa vio recompensado el esfuerzo a favor de la no discriminación basada en el sexo. En ese año, la Confederación de Cooperativas del Caribe, Centro y Suramérica (CCC-CA), con el aval del Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH), certificó su cumplimiento de la Norma en Equidad e Igualdad de Género en las Organizaciones Cooperativas. Por primera vez una empresa dominicana lograba certificarse por sus políticas institucionales a favor de las mujeres.

Haber logrado este reconocimiento no es suficiente. Se requiere ahora medir el impacto que las políticas igualitarias adoptadas tienen en la vida de las mujeres. En ese contexto, la educación reviste una importancia cardinal porque permite identificar las conductas masculinas lesivas a la integridad física, emocional y moral de la mujer. Lo mismo vale para su actualización y mejoramiento académico, de modo que sus

déficits en determinada área laboral no sirvan de justificación al prejuicio sobre la presunta connatural falta de competencia femenina.

—En nuestro plan estratégico se incluye un programa de capacitación solo para la mujer, bastante integral en todos los aspectos. Hay asimismo un comité de género que se encarga de dar seguimiento y validar el cumplimiento de la norma. Mantener la certificación pasa por una auditoría, y hay que mostrar las evidencias de lo que hacemos, incluido el impacto de nuestras políticas.

El reconocimiento de la sobrecarga de responsabilidades de la mujer llevó a la cooperativa a adoptar otras medidas que toman en cuenta sus necesidades. La flexibilización de los permisos es una de ellas, de la que también se benefician los hombres. María Eugenia no guarda en su memoria que alguna vez se haya negado a una mujer el permiso de ausentarse. La confianza en la responsabilidad de la solicitante es plena y se da por sentado que no mentirá en perjuicio de la empresa.

Poco después de haber comenzado a impartir el curso sobre acoso, nos llegó un caso. Se trató de una chica empleada en una de las sucursales en la zona rural, donde la cultura hace creer a hombres y mujeres que las cosas son y deben ser así. Pude enterarme gracias a los canales que habíamos diseñado expresamente para este tipo de casos. Hasta entonces, pensaba que eso no ocurría en la empresa.

Especial atención de la CCC-CA merece el grave problema del acoso a la mujer en los centros de trabajo. También en el combate a esta agresión que sufren las mujeres asalariadas, la Cooperativa Vega Real llevaba un buen trecho recorrido al momento de la evaluación. En la adopción de posiciones institucionales en este tema, jugó María Eugenia un papel de primer orden. Recuerda que con ocasión de visitar a su hermano Orlando, residente en los Estados Unidos, conoció el curso sobre prevención de acoso que le impartía la empresa en que trabaja. Los contenidos del curso, ofrecido en línea, fueron para ella una revelación. Se dijo de inmediato que haría todo lo que estuviera a su alcance para reproducir la inédita experiencia en la Cooperativa Vega Real. Apenas deshecho el equipaje, convocó a los técnicos informáticos para trabajar en su inmediata adecuación.



María Eugenia imparte la charla sobre noviazgos libre de violencia, dirigida a personal joven.

—Nos encontramos con el obstáculo de que en el país no hay leyes que sancionen el acoso en las empresas, pero no nos arredramos. Apelamos a la legislación existente sobre violencia de género y logramos formular un curso que debe seguir todo hombre o mujer aspirante a un cargo en la empresa; lo mismo tienen que hacer los empleados cada equis tiempo.

La próxima meta es alcanzar el Sello Igualando RD, que auspicia el Ministerio de la Mujer, con el propósito de acelerar los procesos que transformen la cultura institucional y empresarial y abran las puertas a las capacidades femeninas. En 2021 la cooperativa dio el primer paso con la firma de la carta compromiso, convirtiéndose en la primera empresa cooperativa en unirse a la iniciativa.

Comprometida desde hace años con la defensa de los derechos de la mujer, María Eugenia estaba muy lejos de esperar que esto, junto a su trayectoria gerencial, le valiera el reconocimiento oficial. Su meta nunca ha sido recibir gratitudes por cumplir con el destino social y humano escogido. La sorpresa de su elección para recibir la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, renglón Empresarial, en su versión de 2022, trastocó este esquema.

—Me encontraba en los Estados Unidos cuando me llamaron para darme la noticia. Sabía de mi postulación, pero no me entusiasmé con mis posibilidades puesto que la cantidad de candidatas era alta. Al principio no entendí mucho, por lo

que me enviaron un correo con la explicación. ¡Me sentí tan bien, tan contenta! Tenía cosas acumuladas. He recibido muchos reconocimientos del cooperativismo, pero este era entregado por el presidente Luis Abinader y el Ministerio de la Mujer, de ahí su relevancia. Que se detuvieran a ver mi hoja de vida, la valoraran y, finalmente, determinaran que merecía ser galardonada, es muy significativo para mí. Además, me siento muy identificada con la gestión de la ministra Mayra Jiménez. Las cosas que hace el Ministerio se parecen mucho a las nuestras.

El primero en enterarse de la elección fue Roni, su marido. Después, sus hijos e hijas. Al núcleo familiar siguieron los ejecutivos y el personal de la Cooperativa Vega Real que, entusiasmados, expresaron el deseo de acompañarla a la entrega del galardón; deseo irrealizable porque las invitaciones se reparten en número restringido. A Rony, Chantall, Chanell y Danshell, residentes en los Estados Unidos, no les valió que la madre considerara innecesario viajar al país para estar presentes. Habría oportunidad de compartir el orgullo y la alegría. No le hicieron caso. María Eugenia confiesa que recibir la medalla de manos del presidente Abinader fue uno de los mejores momentos de su vida, dimensionado cuando este, en un gesto inesperado, invitó a sus hijos e hijas a subir al escenario donde se desarrollaba el acto.

Igual de satisfactoria le resulta la decisión del Ministerio de la Mujer de premiarla con un texto que recoja los momentos

más relevantes de su vida personal, social y laboral e incorpore las voces de personas que forman parte de su mundo afectivo. Ignora las razones subyacentes, pero las considera una feliz coincidencia con quienes, enterados de los aciertos y desaciertos de su trayectoria, que ella asume plenamente como experiencia vital, la han exhortado a escribir su biografía. En ella, el lector y la lectora encontrarían estímulo suficiente para no desesperanzarse frente a la adversidad o para no envanecerse con los éxitos.

Se regocija de la perdurabilidad del testimonio que posibilita el texto, y aspira a que, en algún momento, sirva de ejemplo en la vida de alguien.

—Esas son de las cosas por las cuales una está aquí: qué haces, qué dejas a los demás. Creo en eso. Lo material lo consigues y se acaba, pero tu historia queda. Para mí, esto es importante.



María Eugenia y Roni con su familia.

Una casita en el campo y el amor, versión Roni

El sueño de futuro acariciado por Roni García es sencillo. Anhela que cuando la vida sume unos pocos años más, él y María Eugenia abandonen la ciudad y sus afanes por la placidez de una casita en la loma. Él volvería a criar gallinas y a cultivar la tierra. Ella se ocuparía de hacer que el rosal ponga color en el paisaje. Tiene comprado el terreno en las cercanías de La Vega y mentalmente diseñada la casita. Si el sueño se cumple, para él será como regresar a sus orígenes de muchacho nacido en el campo. Nunca se ha sentido urbanita ni siquiera cuando sus circunstancias lo llevaron a residir en Nueva York, la ciudad más ciudad del universo y, después, en La Florida. En alguna medida, María Eugenia también recuperaría a la niña que abrió los ojos al mundo en un Bonao para entonces bucólico.

—Si Papá Dios nos da vida y salud, me veo junto a ella, dos viejitos, al lado de un riito, de un arroyo, en esa lomita. No quiero vivir en la ciudad, quiero volver a mis raíces.

Pero para que el sueño de Roni se cumpla, debe convencer de sus bondades a María Eugenia quien, al parecer, espera encañecer rodeada de sus nietos y nietas en el Miami donde nacieron y viven. A los 58 años, nueve vocecitas la llaman abuela. Como si vencer este obstáculo no fuera suficiente, Roni debe

también deshacerse de un antagonista tan poderoso como la abuelidad: el cooperativismo. Aunque María Eugenia ha comenzado ya a pensar en el retiro y a formar el relevo, su pasión por el cooperativismo hace dudar de que decida alguna vez abandonar del todo lo que, más que una tarea profesional, es la plasmación de un valor que aprendió de su padre Dionicio Acosta: darse sin reservas al servicio de los demás.

Conocedor de la fortaleza de sus oponentes, Roni ha decidido ser cauto. Se ha cuidado de que el deseo se convierta en apremio. Sabe, además, que, al final, terminará siguiendo a María Eugenia allí donde ella quiera estar. Y lo hará satisfecho, como si no hubiera fantaseado nunca con el cloqueo de la gallina ponedora, con el canto del gallo al amanecer y con el mugido de la vaquita; con los nietos y las nietas correteando libres. Como si no hubiera vislumbrado a María Eugenia inclinada sobre el arriate o haciendo un hueco en la tierra húmeda para sembrar un árbol a cuya sombra pudieran sentarse un día, uno junto al otro, mirando el atardecer.

Durante más de tres décadas, Roni ha hecho suyas las decisiones de María Eugenia y lo seguirá haciendo en el futuro. Lo dice sin reservas. Él lo supo desde aquel día en que, pasando frente al salón donde ella ayudaba en su tiempo libre, sus miradas se cruzaron por primera vez a través de un espejo. Ella, joven y radiante; él, unos pocos años mayor y no tan centrado como ella. El encuentro a través del espejo fue

premonitorio. Desde entonces, para verse, Roni tiene que mirarla. Se dijo que fondearía su barca en el puerto de esa mujer y con ella se convertiría en uno. No lo logró de inmediato, pero rendirse en la conquista jamás le pasó por la cabeza.

—María Eugenia es lo mejor que me ha podido pasar. Aparte de ser buena esposa, es buena amiga. Sin ella, mi vida no sería nada. Ella es todo para mí. Desde el primer día en que la conocí tuve la intuición de que sería mi mejor compañía.

Se explaya en los detalles de ese momento que le cambiaría la vida. Nacido y criado en el sector donde estaba el salón de belleza en el que trabajaba María Eugenia —más para colaborar con Luisa Mateo de Pérez, que la acogía en su casa, que por vocación de estilista—, Roni pasaba con frecuencia por la acera del negocio, sin sospechar siquiera la existencia de ella. Pero el azar jugó sus cartas. De espaldas a la puerta del local, María Eugenia peinaba su abundante cabellera. Como si presintiera su presencia, alzó los ojos y se encontró con los de él. Con una osadía insólita, se detuvo y le dijo: «Tú vas a ser la madre de mis cuatro hijos».

Una anécdota sirve para reforzar la inevitabilidad del designio. Por razones diversas, los primeros tres partos de María Eugenia fueron por cesárea. En los años noventa del pasado siglo, para evitar posibles complicaciones obstétricas, la práctica médica convertía en mandatoria la ligadura de trompas después de

un tercer parto por esta vía. María Eugenia había llegado al límite, y Roni debía resignarse a no ver satisfecho el deseo de un hijo más. Hasta que un día, María Eugenia comenzó a tener malestares y se frotó las manos.

—Cuando fuimos a la consulta, tenía la certeza de que estaba embarazada, algo que el médico consideró imposible. Propuso hacerle una serie de estudios del estómago, pero yo planteé que, antes que nada, quería que le hicieran una prueba de embarazo. Él consintió y, antes de media hora, mi certeza quedaba confirmada. Cuando la conocí le dije que sería la madre de mis cuatro hijos, y así fue.

Retrocede en el tiempo del relato. Vuelve a aquellos primeros días en que la imagen de María Eugenia comenzó a poblar sus horas sin darle apenas tregua. De conducta reservada, ella no dejaba espacio al acercamiento que facilitara al enamorado confesarle lo que sentía, obligándolo a valerse de terceras personas para hacerle llegar sus mensajes. Tres meses fue el tiempo que debió esperar. El día de Corpus Christi de 1989, logrará finalmente hablar con ella y confesarle su enamoramiento. Y supo que, aunque ella no lo revelara a nadie, aquel cruce de miradas la había estremecido.

—Dios la puso en mi camino, y hasta el sol de hoy.



Boda religiosa de María Eugenia y Roni García.

No todo ha sido miel sobre hojuelas. Los niños y las niñas eran aún pequeños cuando Roni decidió irse nuevamente a los Estados Unidos. Como cientos de miles de dominicanos y dominicanas, la razón fundamental de su partida fue económica: quería proporcionar a sus hijos y a sus hijas una vida holgada y la emigración prometía cumplir el propósito. Fueron tiempos duros para ambos; tiempos en los que María Eugenia demostró su temple y su capacidad de resiliencia. Durante los cinco años que duró la ausencia física del padre, solo interrumpida por viajes esporádicos, ella continuó trabajando y no dejó de estudiar. Y así estuvieron hasta que

regresó al país. No les pasó nunca por la cabeza que la familia se trasladara a Miami, donde él residía hasta ese momento. La compleja sociedad norteamericana, tan distante en aspectos fundamentales de la cultura y estilo de vida dominicanos, no era el ambiente en el que querían ver crecer a sus hijos.

—Criamos a nuestros hijos e hijas con valores tradicionales y en los Estados Unidos los muchachos son muy liberales. Cuando se graduaron del bachillerato, aceptamos que se fueran a vivir allá, pero ya era distinto: sabían lo que querían hacer. Esos cinco años que pasé sin ellos me marcaron y también a ellos, pero, por suerte, esa marca no nos afectó tanto como ha ocurrido con otros matrimonios y otras familias. Siempre estuve pendiente de ellos y María Eugenia se manejó de manera excelente. Hoy son independientes, están casados, han formado familia y nos han dado nueve nietos y nietas que nos vuelven locos.

Con frecuencia, ambos experimentan el síndrome del nido vacío. Los años transcurridos desde que Rony, Chantall, Chanell y Danshell emigraran no han borrado la nostalgia de Roni y María Eugenia de la presencia de los cuatro, sobre todo en fechas en las que las costumbres sociales exaltan la cercanía de la familia como el eje alrededor del cual gira la felicidad. Las nuevas tecnologías procuran alivio, pero no sustituyen el calor humano que ofrece el estar juntos. La videollamada nunca será comparable con el abrazo. Con negocios en Nueva York, adonde suele viajar cada cierto

tiempo, Roni aprovecha para verlos en Miami. Igual hace María Eugenia en todas las oportunidades en las que sus compromisos con la cooperativa le dejan tiempo.



Familia García Acosta.

Nada de lo obtenido ha sido circunstancial, sino resultado de una manera de ver y situarse en el mundo de la que María Eugenia ha sido principal artífice. Solidaria, ha impregnado de ese valor todos los actos de su vida familiar y social.

«Siempre está pendiente de los demás, de quienes necesitan ayuda. Disfruta ver que la gente que está a su alrededor se supere, que no se queda estática, sobre todo a quienes trabajan en la cooperativa».

«Me gusta mucho hablar de mi esposa porque es lo mejor que Dios me ha dado en la vida. Ella es mi loto».

Él es testigo de primera línea de la conducta que describe. Cuenta que son muchas las noches en las que la ha visto desvelarse hasta clarear el día, preocupada por alguna situación laboral o hilvanando un nuevo proyecto que dé mayor impulso a la cooperativa. Esta dedicación a la empresa y a los demás no colide, sin embargo, con sus planes personales. Desde que dejara Bonao para irse a estudiar a La Vega en los albores de los años ochenta, no ha abandonado las aulas. Los títulos alcanzados son muchos y diversos, entre ellos tres que acreditan los grados de maestría y licenciatura en áreas vinculadas a su condición de gerente. Que ella lo supere en formación académica nunca le ha preocupado, más bien es otra de sus razones para quererla.

—Muchos de mis amigos encontraban extraño, y algunos todavía lo hacen, que la haya dejado volar con sus propias alas; desde que la conocí fue así. Al hombre dominicano, que es machista, no le gusta que la mujer se supere, que le pase en estudios o en nivel económico. Eso no me ha molestado para nada. Nunca he tenido problemas con María Eugenia por eso. El tiempo me ha dado la razón, y muchos a quienes les chocaba mi conducta han comenzado a entenderla. Ellos están hoy en el mismo lugar en que los dejé, mientras que nosotros, María Eugenia y yo, estamos muy lejos de ahí.

No es mero discurso edulcorante. Ahí están los hechos que colman la vida de pareja, como la ocasión en que, estando él en Estados Unidos, donde tiene negocios, y con los hijos estudiando el bachillerato, ella le pidió regresar para ocuparse de la casa porque comenzaría estudios de maestría en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y debía trasladarse a Santiago para recibir docencia. Su regreso a medianoche desde la ciudad vecina no lo inquietó jamás. Tenía claro que el esfuerzo de su pareja daría resultados a largo plazo en beneficio de la propia familia.

Distinto sucedía en algunas ocasiones en las que, por compromisos de trabajo, María Eugenia debía viajar al extranjero. Recuerda muy nítidamente las noches de insomnio provocadas por un viaje a El Salvador, en un momento en que las maras estaban en su apogeo. Le hubiera gustado acompañarla, como si su sola presencia pudiera resguardarla de los acechos de la inseguridad. Las circunstancias no lo permitieron, pero él le pidió de mil maneras que le prometiera no abandonar el hotel en el que se hospedaba, que era al mismo tiempo sede del evento al que asistía; que ni siquiera cediera a la tentación de ir de compras.

—La llamaba cada quince minutos y, cuando no me contestaba, me quería volver loco. Permaneció diez días en El Salvador, el mismo tiempo que pasé sin dormir. El día antes de su regreso le pedí que cambiara el itinerario y volara a Punta Cana, donde había hecho reserva de hotel. Ambos

descansaríamos del agotamiento que nos produjo el insomnio porque, de su lado, María Eugenia me confesó que tampoco podía dormir pensando en mi angustia.

Ha roto también con el tabú del proveedor. No cierra los ojos a la evidencia de que, en estos tiempos, los hombres no ganan el dinero suficiente para suplir la totalidad de los requerimientos hogareños y que la mujer, antes relegada a las tareas meramente cotidianas, tiene hoy un papel preponderante en la economía familiar. Su razonamiento es simple, pero verdadero como un templo: siempre será mejor dos proveedores que uno.

El sentido común atribuye al dinero el pérfido atributo de la disociación. Además de la espontánea indiferencia frente a los roles tradicionales, Roni y María Eugenia han definido la respectiva contribución a los gastos, aunque no son inflexibles. Cuando se trata de inversiones, ambos tienen iguales prerrogativas de decisión. El riesgo va parejo. De los gastos fijos, se encarga él; de los que demanda crear y mantener un entorno doméstico acogedor, se encarga ella.

—Si quiere pintar la casa, va a la ferretería, elige el color y paga. Arregla lo que quiere arreglar, pone y quita una mata, manda a hacer un jardín. Nunca me pide dinero para nada. Hay ocasiones en que le pregunto si alguna cosa no está muy cara, ella responde que le gusta y yo digo «amén». A veces bromeo diciéndole que el dinero invertido me hubiera

servido para ir al mercado y comprar un camión de plátanos, yucas, batatas, naranjas.

La fórmula de la complementariedad rige todos los demás aspectos de la relación. A eso atribuye Roni su imposibilidad de nombrar diferencias que lo hayan hecho dudar del valor de continuar a su lado. «Comprender más y amarse menos», le canta al oído cuando asoma una nubecilla en el horizonte. «Esa es la clave: si no hay comprensión, por más que uno se ame terminará separado. Hay que comprenderse, y ella me entiende y yo la entiendo, y no tenemos diferencias ni en lo profesional ni en lo económico».

El baile es afición que ambos disfrutan, lo mismo que ver películas en alguna plataforma cuando ella llega cansada del trabajo, pero él pone una condición: que no sean de terror, que las detesta. La buena mesa también los une. Viviendo solo en los Estados Unidos durante su primera juventud, debió enfrentar las exigencias de la sobrevivencia y aprendió a cocinar algo más que el cultural arroz con habichuelas. Le tomó el gusto a la cocina. La primera vez que cocinó conejo para María Eugenia, le desagradó el aspecto del animal desollado, pero la costumbre hace ley. Ahora, el conejo asado es uno de sus platos favoritos.

Confiesa que suele sorprenderla con viajes no agendados porque, a diferencia de ella, que prefiere los complejos vacacionales, su gran disfrute es el turismo interno, pero

tampoco en estas circunstancias la sangre llega al río. «Ella no se opone a lo mío, ni yo a lo de ella. Cuando le digo “móntate, que nos vamos”, lo hace complacida». Así han conocido «el país entero», todos los rincones de una geografía en la que él se encuentra a sí mismo.

Piensa que así seguirá siendo la relación de ambos por todos los años que les quedan por vivir. Sueña con la casa en la loma, mas no tiene prisa. Consolidados como pareja y estables económicamente, en sus conversaciones ha asomado alguna vez la idea del retiro de ella, pero nunca lo han encarado seria y definitivamente. El tiempo se encargará de ofrecer la respuesta.

—Ella siente que le quedan muchas cosas por hacer. Me dice que le duele mucho el ahorro de la gente pobre, logrado con tanto esfuerzo. Se siente parte y responsable, y siente cierto temor de no seguir dirigiendo la institución; de que, como ha sucedido en otros casos, esta desaparezca si antes no se crean y consolidan todos los mecanismos que garanticen su continuidad. Y para eso, me dice, todavía necesita tiempo.

Roni confía en la persistencia de María Eugenia, en su capacidad para lograr todo cuanto se propone y hacerlo bien. Son estas las cualidades que «la han catapultado hasta donde está hoy». Admirador incondicional, no hay nada en ella que no lo complazca.

—La adoro con locura. Ella me ha ayudado mucho, mucho. Hay parejas que viven juntas, tienen hijos, pero no se ayudan. Ella siempre me ha instado a no quedarme atrás. Pese a sus ocupaciones, saca tiempo para mis negocios, me aconseja, se involucra. Siempre la consulto y acato sus opiniones porque reconozco su experiencia.

La confesa adoración tiene otros porqués fundamentales. Como todo joven, tuvo sus momentos de insensatez y María Eugenia, emocional y mentalmente madura desde que era apenas una adolescente, decidió poner todo su empeño en que enderezara el rumbo. No cejó hasta producir en él el cambio que lo rescataría de hábitos que lo dañaban, y él entendió que abandonarlos era lo mejor para él y para el futuro juntos.

—Se lo agradezco mucho porque esos momentos llevan a uno a la muerte joven, como les pasó a muchos de mis amigos, que ya no están con nosotros; otros cogieron el mal camino o estuvieron en la cárcel. Una de sus decisiones fue alejar de mí a algunos amigos, incluso de infancia. Tiene ojo avizor para la gente inconveniente, y los ahuyentó. En algún momento llegué a molestarme, pero callé porque estaba consciente de que lo hacía por el bien de la familia.

Roni estuvo ausente en un momento de particular significación para María Eugenia: la mañana del 8 de marzo de 2022, cuando recibió de manos del presidente Luis Abinader la Me-

dalla al Mérito de la Mujer Dominicana, en el renglón Empresarial, auspiciada por el Ministerio de la Mujer. Fuera del país por cuestiones de negocio, ella le había pedido que regresara para que, acompañado por los hijos y las hijas de ambos, participara del reconocimiento de sus méritos en el cooperativismo y por su defensa de los derechos de las mujeres. Era un logro de todos. Cuando balbuceó su imposibilidad de viajar, sintió que el mundo se le derrumbaba. Debió conformarse con el sucedáneo del video. Pocos días después, ella viajó a Nueva York para compartir con él su regocijo.

Durante las más de tres décadas que llevan juntos han pasado, como toda pareja, por momentos difíciles, aunque no amenazantes. Él prefiere hablar solo de lo lindo y bueno, no de los desencuentros que, al final, han sido nubes pasajeras. Lo hace en honor a María Eugenia, una mujer cuyas virtudes sobrepasan con creces las naturales debilidades de toda existencia humana.

—Ella es una mujer extraordinaria. Nunca imaginé lo grande que sería para mí y para mi familia. Desde que la vi supe que sería una buena compañera. Los hombres, como también las mujeres, tenemos intuiciones. Adiviné en su interior el ímpetu que la impulsaba a querer ser algo en la vida. Llegó a La Vega desde Bonao en el año 1984 para estudiar en la Universidad Católica del Cibao, y lo hizo sola. Trabajaba para pagar la universidad. Así ha sido siempre.

Ocurrente, divertido, salpica su conversación con referencias a la música popular para describir las cualidades de su compañera. «¿Conoce la canción de El Torito que se llama *El mujerón*? Esa es María Eugenia, la que estudia, la que viaja a las oficinas de la cooperativa en Cotuí, en Jarabacoa, en San Francisco, en Constanza; la que cumple una jornada de trabajo y la que llega a la casa a atender a sus hijos. Esa es ella: el mujerón. Siempre le canto esa canción».

Cuando el agotamiento de ella salta a la vista, él va a la cocina y prepara la cena. Pasa siempre a finales de año, cuando la cooperativa debe cerrar su ejercicio anual y preparar el siguiente. Son tiempos en los que asume las tareas domésticas y le aconseja «ve, date un bañito y descansa, que yo me ocupo». Así han pasado los años, han sorteado las dificultades y han disfrutado de lo que han ido cosechando como pareja y en estatus. Él lo repite con insistencia, serio o entre risas: ella es lo mejor que le ha pasado en la vida.



Vacaciones de María Eugenia y Roni.

Una estabilidad ganada a pulso, versión María Eugenia

—Hablemos de este romance que ya dura más de tres décadas.

—¡Ay!, ¿de mi esposo?

Como no podía ser de otra manera, María Eugenia cita como inicio de su vida junto a Roni el momento en que sus miradas se encontraron a través del espejo. Él la había visto antes y, desde la primera vez, no dejó de frecuentar la calle en la que estaba instalado el salón de belleza de Luisa Mateo. Ella ignoraba que era el objeto de su interés amoroso.

El barrio no era precisamente un lugar en el que pudiera encontrar al hombre con el que deseara compartir su vida. Se decía y repetía que allí no habitaba nadie con quien pudiera involucrarse. Su vara era muy alta. Mas tanto da la gota en la piedra, dice el refrán, hasta que hace un hoyo. Y la insistencia de Roni horadó la voluntad de María Eugenia.

—Nuestra relación comenzó un Jueves de Corpus Christi. A la familia con la que yo vivía le gustaba mucho ir al río y así lo hicimos ese día. En el grupo estaba un joven que también me enamoraba y que, por demás, agradaba a don Luis y a doña Luisa. Era un hombre muy distinguido, dentro de lo que cabe,

y todos sabemos que la apariencia influye mucho. Pero a mí la apariencia no me importó nunca, buscaba siempre algo más profundo. Todavía no sé cómo supo dónde estábamos, pero se apareció en el lugar. Me moría de la pena de saber que estaba ahí, estaba asustada y sentía vergüenza. Él tuvo una fuerza increíble y se acercó a la mesa y me invitó a bailar. Cuando bailábamos, me invitó a un lugar muy emblemático de La Vega y yo estaba tan nerviosa que acepté.

La aceptación no tuvo otra finalidad que «salir de él» pero, de regreso a la mesa, en el interior de María Eugenia comenzó a abrirse paso la satisfacción por la osadía de Roni frente a personas tan formales como don Luis y doña Luisa a quienes, además, no les simpatizaba. Razones tenían, si se mira con los ojos del sano egoísmo por el futuro de María Eugenia: no tenía estudios superiores y su empleo era el de operario de zona franca. Además, su vida personal y su círculo de amigos movían a la desconfianza. Otra vez las apariencias, solo que, en este caso, conspirando contra las aspiraciones de Roni de ganarse el corazón de la mujer de la que estaba enamorado. Ella buscará sus propios datos para formarse un juicio sobre él y su entorno más íntimo. Tal vez porque había comenzado a sufrir la extrema tolerancia del amor, no encontró en la familia de él nada que pudiera obstaculizar el camino que había decidido emprender.

—El narra nuestro primer encuentro de manera más bonita que yo. Dice que fui la primera en llegar a la cita, que estaba muy nervioso y que se sorprendió muchísimo porque pensaba que le tocaría esperarme y ya yo estaba ahí. Fue muy emocionante, realmente. Esa noche, lo acepté.

El noviazgo será corto. No vivir en la casa familiar precipitará las cosas. Para anestesiar la ansiedad que le provocaba enfrentarse al juicio de Dionicio Acosta, antes tuvo que «beberse una botella de ron». María Eugenia había sido categórica: sin la aprobación paterna no daría un solo paso. El padre no puso objeciones al enlace, pero fue severo en las advertencias: a su hija nunca le había faltado nada que necesitara y no le perdonaría que «la pusiera a pasar trabajo». El trance fue difícil, pero Roni, que no escatimó compromisos ni promesas, lo logró.

Nos unió mucho que a él le gusta hacer las cosas bien, lo mismo que a mí. Cuando trabajó como operario, fue excelente. Los dueños de la fábrica apreciaban mucho su trabajo.

El enamoramiento no evitó que el comienzo de la relación tuviera momentos indeseados. El círculo de amistades de su marido no estaba formado por gente con la cual ella, criada de manera tan estricta, pudiera simpatizar. Despreocupados de las secuelas de su conducta en la recién formada pareja,

los amigos pretendían que Roni continuara la disipada vida de un soltero, pero chocaron con la personalidad de María Eugenia, dispuesta a muchas concesiones, menos a aceptar, sumisa y resignada, inconductas del compañero. No le tembló la voz para echarlos de su casa, como tampoco prestó oído a las burlas que los frustrados juerguistas hacían de su marido.

—Siempre traté de buscar que creciera, que fuera a la par conmigo. Comenzó nuevamente a estudiar y terminó su bachillerato. Llegó a ingresar a la universidad para cursar Derecho. Le decía que tenía buen perfil. Es increíble la cantidad de información que maneja. Pese a mi afán y a su deseo, no terminó la universidad porque comenzó a hacer negocios. Las precariedades hacen que la gente pierda el foco de lo que verdaderamente puede darle dinero en el futuro. A veces le digo que, en ese sentido, es un desperdicio. Tiene muchas habilidades y pudo haber sido un excelente profesional.

Como lo hace él con ella, María Eugenia no ahorra reconocimientos al ser humano que la vida le permitió descubrir en Roni. Tantos años después, le alegra no haber dejado que los prejuicios determinaran el rumbo de sus sentimientos. De haber sucedido así, se hubiera perdido de su enorme corazón, de su capacidad compasiva, de su persistencia en lograr las metas que se traza. En los momentos de duda, se obligó a ir más allá del pequeño o grande disgusto cotidiano para encontrar la calidad que hoy la hace felicitarse

por su elección. Tan convencida está que no logra imaginarse al lado de otra persona o, de haberla encontrado, no cree que hubiera llegado a acumular tantos años de vida en común.



María Eugenia con su esposo Roni.

Locuaz, a María Eugenia le gustaría que él fuera «más conversador». Persiste en lograrlo y, cada vez con mayor frecuencia, lo conduce hábilmente al terreno de la charla. Le gusta conversar con él, reitera. Admira su capacidad de ubicación espacial, de la que ella carece, y que le permite recorrer como si las conociera de antiguo todas las ciudades que visita apenas puesto el primer pie en el asfalto. Se solaza en la ternura con que trata a los nietos y las nietas. La cautiva su dedicación a la lectura, sobre todo de libros sagrados, como el Corán y la Biblia, de los que ha adquirido hermosas ediciones. De esta disposición solo le reprocha que no comparta el conocimiento que acumula, algo que ella hace de manera cotidiana y espontánea. Juntos disfrutaban de las buenas películas, siempre que no excedan las diez y media de la noche, hora en que Roni decreta irse a la cama. Con frecuencia insomne, dice que la disciplina horaria de su marido contribuye con que ella logre alejar las preocupaciones y dormir.

Aeróforo, el viaje de placer al extranjero falla con frecuencia, aunque María Eugenia se empeña en que venza su miedo con la terapia de la lógica: volar es mucho menos riesgoso que conducir en una carretera dominicana. A él lo aterran las turbulencias. Ella aprovecha el vuelo para leer, logrando una plena concentración. Cuando llega al destino, se maravilla de abrir los ojos bajo cielos extraños, de escuchar otros sonidos, de sentir otros olores.

María Eugenia presume que la más inmediata aspiración de Roni es que ella renuncie al trabajo, y no está desencaminada. Durante los primeros años de la relación, él fue operario y ella ama de casa, preocupada por la ropa impecablemente lavada y planchada, por la comida bien hecha que le enviaba en una cantina a la zona franca, por la casa en orden. Pero aun si se retirara, sabe que las cosas no podrían ser iguales que en esa etapa que él confiesa añorar. Los años han ido sumando peso a los días y la vitalidad perdiendo fuelle. «Pero algo se hará y él se sentirá bien».

Casi con toda seguridad su pronóstico de continuado bienestar de la pareja será cumplido. Su dedicación al cooperativismo, gran consumidora de su tiempo, no menoscabó nunca la calidad de su maternidad. Roni se place en hablar de la capacidad de protectora atención desplegada por María Eugenia. Tanta fue en el pasado y sigue siendo ahora que no duda en calificarla de «mamá gallina».

—Nuestros hijos e hijas ya no dependen de nosotros. Son independientes. Me siento muy contenta, primero conmigo misma porque los resultados que veo hoy son buenos. Para lograrlos, tuve que hacer sacrificios, pero las cosas que sacrifiqué, y en vista de los frutos, no impactaron negativamente. Con los hijos una siempre aspira a lo máximo, sobre todo cuando se tiene conocimiento, experiencia. Tengo que repetirlo: lo obtenido me satisface.

En el ámbito académico, les brindó lo básico: que pudieran llegar a cursar una carrera universitaria y, sobre esa base, comenzar a abrirse camino y educar a sus propios hijos e hijas de una manera adecuada. Agradece a la vida la amorosa cercanía que mantiene con sus nietos, y aspira a colaborar con su proceso de crecimiento y formación; no involucrarse hasta interferir, porque el amor de abuela no la autoriza a sustituir el rol de los padres y las madres.



María Eugenia con Rony, su hijo mayor.

Mamá gallina sí, pero solo en el sentido de darles mucho amor y apoyo. En este último punto, el apoyo, hay una pequeña distancia entre ella y Roni. Él es reticente a proveerles respaldo material porque sostiene que cuando la persona se hace adulta cesan las obligaciones parentales y procurarse los medios es de la entera responsabilidad individual. Al no disentir radicalmente, ella les da «una manita» cuando es preciso. Tampoco es decisión frecuente. En el vademécum vital que les entregó, está incluido no tener en terceros la fuente de la solución a sus problemas. Por eso nunca, ni siquiera de pequeños, le pidieron nada y ahora tampoco son ellos quienes toman la iniciativa. En el papel de madre que no termina nunca, sobre todo a nivel emocional, María Eugenia se ofrece a prestar ayuda.

—Lo primero es que busquen la manera de sustentarse y ver que pueden hacerlo. Me tranquiliza saber que, si mañana no estoy, echarán de todos modos hacia adelante, pero me gusta que estén bien, que tengan lo que necesitan. Viviendo en Orlando, donde se radicaron cuando se fueron a los Estados Unidos, si no tienen vehículo no pueden moverse, y yo se los compré. Ahora bien, cuando quisieron uno mejor, lo compraron ellos. Para lujos, nunca. Lo básico, si lo tengo, para que puedan desarrollar cualquier cosa. Lo importante para mí es tener una buena retroalimentación: nadie puede malgastar nada. Por eso no escatimo ayuda si lo están haciendo bien, de lo contrario, hay problema.

Creo mucho en el buen vivir. Cuando las personas tienen buen vivir con su entorno, les va bien en la vida. Eso es lo que Dios quiere: que tengamos buen vivir, que seamos solidarios, que no le hagamos al otro lo que no queremos que nos hagan a nosotros. Creo en todo eso. En ayudar al prójimo como te ayudas a ti mismo. Por eso valoro tanto la cooperativa.



Entre risas, confiesa ser mejor suegra que madre. La razón vuelve a ser simple, como prefiere que lo sea todo en su vida: no le gustan los conflictos y su apuesta es siempre a la unidad, de ahí que, cuando opina, lo haga orientando sobre cómo las cosas pueden salir mejor. Yernos y nueras tienen su comprensión y apoyo, al punto de no sentir en el trato de María Eugenia diferencia alguna entre el respaldo que les ofrece y el que reciben sus parejas. Comprensión y apoyo sin fecha de caducidad, como prueba la estrecha relación que mantiene con la expareja de su primer hijo, a la que sigue queriendo igual que antes porque, si una cosa no sabe hacer, es dejar de querer.

La madre, versión filial

Hablar sobre la madre y que lo dicho quede escrito para siempre y al alcance de cualquier persona, tiene un efecto inhibitor. Lo reconoce Rony, el hijo. Se pregunta si acaso esa persona, conocida o desconocida, que lea el libro, pensará que peca de omisión. Él, sin embargo, tiene claro que su experiencia no deja lugar para ninguno de estos extremos. Su madre ha sido pilar y refugio. Ha sido ejemplo. Esa mujer que lo marcó en sus años de formación y continúa gravitando sobre su cotidianidad y sus decisiones, es la que le importa.



María Eugenia con su hijo Danshell, el benjamín de la familia.

Rony, comunica sus opiniones con una economía de palabras casi excesiva. Dice de su infancia que fue un tiempo placentero que pudo y supo aprovechar junto a sus dos hermanas y su hermano menor. María Eugenia no descuidó nunca los medios del disfrute, pero puso especial empeño en que ocuparan las horas posteriores a la escuela en actividades que ampliaran las capacidades de los cuatro, como los estudios de música y de idioma inglés. También los deportes, por aquello, tan antiguo como sabio, de que en un cuerpo sano corresponderá una mente sana. Niño «inquieto» hubo ocasiones en que «se pasó de la raya» en el aula, no porque cometiera acciones indebidas, sino porque se distraía durante las clases, conducta intolerable para la maestra. María Eugenia debía entonces acudir a la escuela para escuchar las justificadas quejas. Los castigos que le imponía revelan mucho de María Eugenia: lo obligaba a permanecer en su habitación leyendo el libro que ella escogía por entender que contribuía a una mejor formación del carácter.

—Mi madre ha sido siempre una mujer muy trabajadora, y ese es también uno de los recuerdos que conservo: verla irse temprano y regresar tarde del trabajo. Pero las cualidades que más me gustan de ella son su nobleza, su solidaridad con los demás y su permanente preocupación por el bienestar de la gente. Su compromiso con el cooperativismo no está guiado por ningún otro interés que no sea el de servir. Ella pudo haberse dedicado a los negocios o cualquier otra actividad

que le reportara reales beneficios económicos, pero no pensó nunca en hacerlo. La esencia solidaria del cooperativismo es la savia que embebe su vida.

A sus treinta y dos años, diecisiete de los cuales los ha vivido en los Estados Unidos, nunca se ha detenido a pensar en los posibles defectos de su madre. Sus defectos, que los tiene, empalidecen frente a sus cualidades. Para él, María Eugenia es «un ángel». Padre de tres niños, no vacila tampoco cuando le atribuye ser «la mejor abuela del mundo». Motivos tiene para afirmación tan categórica: la preocupación de su madre por los nietos y las nietas sobrepasa lo que normalmente puede esperarse de este vínculo. No habla de preocupaciones por lo material, aunque también, sino por cómo se van construyendo como personas, y ese es su valor fundamental.

Cuando emigró, todavía no salía de la adolescencia. Las periódicas visitas que hizo a su padre cuando este, buscando asegurar el porvenir de la prole, se radicó en los Estados Unidos, y las relaciones con familiares también residentes en ese país, particularmente con los primos, fueron implantando en su ánimo el deseo, convertido más tarde en decisión, de cambiar el escenario donde discurriría su vida. Fue esto, quizá, el único desacuerdo con su madre. Aunque no se lo expresara de manera explícita, él infiere que, en ese momento, las diferencias culturales y de valores le provocaban aprensión. Había formado a sus hijos y sus hijas con normas que parecían estar

ausentes en la sociedad estadounidense y resulta comprensible que temiera la influencia del entorno, para ella negativa.

—Finalmente, me apoyó en mi propósito. De otra forma no hubiera podido emigrar. Además, llegué a vivir en la casa de mi abuelo, que era como hacerlo en mi propia casa. La forma estadounidense de vivir me gustaba desde que era niño y venía a visitar a mi padre. De esa época guardo muchos gratos recuerdos porque él se esforzaba en compensar su ausencia brindándonos todos los placeres posibles: ir a la playa, salir a divertirnos a varios lugares, cocinarnos.

Las obligaciones derivadas de su temprana paternidad lo llevaron a interrumpir los estudios universitarios. Los retomó recientemente para cursar Ciencias Empresariales, una carrera que guarda algunas afinidades con la ocupación gerencial de su madre. Sin aficiones comunes específicas, comparte con ella el gusto más abarcador por la vida, el gozo del momento. Para él nada tiene un valor semejante.

Al igual que su hermano, Chantall emigró siendo muy joven y por los mismos motivos. El estilo de vida estadounidense operó en ella como un imán. Terminado el bachillerato, hizo maletas y emprendió su propio camino. Sin embargo, el proceso de adaptación personal no careció de espinas.

Lejos de la casa materna, echó en falta durante un tiempo los mimos cotidianos. Por primera vez enfrentó la vida doméstica con sus pequeñas y grandes preocupaciones; todo debía resolverlo con sus propios medios, obligándose a un aprendizaje que, hasta entonces, no entraba en sus cálculos. A los dieciocho años se hizo adulta.

—Mi madre no puso reparos a mi decisión de marcharme. Si estudiamos, si hacemos las cosas bien y practicamos lo que nos inculcó, ella se siente feliz. Hablamos hasta la mínima cosa con ella, le preguntamos su opinión y nos la ofrece. Sabe que siempre actuaremos de manera correcta.

Quiso continuar los estudios en Estomatología iniciados en el país, pero las circunstancias la condujeron por el camino de la Gestión Empresarial y Mercadeo, área en la que trabaja. Quizá porque lo heredara de la madre, Chantall continuó estudiando, en esta segunda ocasión, Masaje Terapéutico. La elección no es meramente profesional, sino moral: le gusta ayudar a los demás.

No mucho tiempo después de Rony y Chantall haber emigrado, lo hicieron Chanell y Danshell, los dos más jóvenes. La casa vegana, antes bulliciosa, se pobló de silencio. Desde la distancia, sin embargo, María Eugenia prolongó la conducción materna de la prole a través de llamadas diarias y viajes frecuentes.

En ocasiones, el deseo de protegerlos ha provocado pequeñas fricciones que se disuelven de inmediato en el abrazo.

—Es a veces muy crítica con mi carácter. Dice que soy muy fuerte, que debo dejar pasar las cosas. Siempre le respondo: «Ay, mami, tú me criaste así». Pero la verdad es que veo en ella a mi mejor amiga, la respeto mucho. Cuando peleamos, me siento mal y nunca he podido pasar un día sin pedirle perdón y darle la razón. No puedo dormir peleada con ella. Cuando siento vergüenza, no la llamo por teléfono, pero le escribo un «listín».

El respeto al que alude hunde sus raíces en los muchos sacrificios que vio hacer a su madre para proporcionarles un modo de vida digno. En su memoria guarda de manera muy vívida los días previos al inicio del año escolar de ella y sus hermanos. Entonces, los medios económicos de María Eugenia eran escasos y debía tomar a crédito el voluminoso número de libros y útiles escolares que requería el currículo. Eran tiempos en los que, desde su exilio económico en los Estados Unidos, Roni padre enviaba a María Eugenia todo cuanto podía, sin escatimar nada, porque para ambos era una responsabilidad irrenunciable labrar el mejor futuro para la prole. Como estas, Chantall atesora imágenes que, al convertirse ella misma en madre, reinterpretó bajo otra óptica.

—Después que tuve a mi hijo pude ver todo por lo que pasan las mujeres, sus sacrificios. Mi mamá estuvo siempre ahí. Hay muchas mujeres que piensan mucho en ellas mismas, lo que no está mal, pero nunca vi a mi mamá dándose gustos personales, todo era siempre para sus hijos. Cuando lucía cosas bonitas era porque se las mandaba mi padre o mi familia paterna; no la recuerdo diciendo «voy a la tienda» ni llegando con fundas de cosas compradas para su uso, todo era para nosotros.

Atesora también el momento de la menarquia, experiencia marcante para cualquier adolescente. La reacción de su madre dejó en Chantall una estela de ternura. Recuerda cómo le enseñó con mucha paciencia a usar la toalla sanitaria y que, terminada la instrucción, salió de la casa para regresar con el obsequio de un gran peluche de Mickey Mouse. A la entonces jovencísima muchacha, el gesto de su madre la hizo sentir «muy linda».

Iris, la tía a la que consideran una segunda madre, gravita en la vida de los cuatro de manera muy especial. Era ella quien se ocupaba de cuidarlos y de hacer que María Eugenia, inmersa en la actividad cooperativista, se sintiera más tranquila respecto a su seguridad, pero eso no disminuía su necesidad, en ocasiones compulsiva, de mantener el control de lo que ellos y ellas hacían.

Mi madre es el motor que nunca nos ha fallado.

Es el pegamento que une a nuestra familia. Como esposa es cariñosa y detallista. Como abuela, maravillosa, pendiente siempre de que nada les falte a sus nietos y nietas. Como profesional es responsable, honesta, luchadora, y como cooperativista, es solidaria con los demás.

La honestidad es uno de los muchos valores que mi madre me enseñó y es el que más aprecio. Decir siempre la verdad me caracteriza gracias a ella. La honestidad es el valor que ha marcado mi vida, y así estoy educando a mi hijo.

Chanell

—Mi carácter de adolescente chocaba a veces con la decisión de mami de tenerlo todo bajo control. De noviazgos y de salir en la noche a fiestas, ni hablar. Para ella, y en estas cosas, yo siempre era muy pequeña. Mis amigas me contaban todo lo que habían disfrutado en las fiestas y yo me quejaba con ella de no poder hacer lo mismo. Creo que antes de emigrar solo salí dos veces con mis amigas. Mi mamá prefería que las fiestas se hicieran en casa. Era demasiado protectora.

Chantall se regocija de que su madre haya sido como fue. Si ayer, adolescente, le pareció injusto, hoy, adulta, está convencida de haberse librado del riesgo de caer en conductas poco enriquecedoras. En contraposición, su madre le ofrecía

muchas otras oportunidades de recrearse y gozar la vida. Entre sus actividades extracurriculares estuvo aprender a bailar la danza del vientre, comúnmente conocida en Occidente como *belly dance*, esa antiquísima danza oriental de alegre sensualidad que algunos estudiosos asocian a la fertilidad y el alumbramiento. María Eugenia no se perdió nunca una presentación de Chantall o Chanell, que también le tomó el gusto al baile. Cuando solía viajar para reunirse con Roni padre, procuraba comprar vestidos para ellas que las diferenciaron de las otras niñas y jóvenes estudiantes. El culmen fue la fiesta por sus quince años, oportunidad de oro para demostrar cuánto había aprendido a bailar. En la coreografía la acompañaron las amigas que, al igual que ella, habían sido seducidas por los carteles en los que Vanessa Angulo proponía a las muchachas entrar en el mundo de la danza árabe.

Con el paso del tiempo, el vínculo materno-filial ha ido recreando las afinidades. Muchas de esas cosas que antes carecían de sentido, y sobre todo de justicia, a los ojos de Chantall se han tornado en certezas compartidas. Para disfrutarlas más plenamente, a la hija le gustaría que la madre dedicara menos tiempo al trabajo y más a compartir con su entorno familiar. No duda de que su madre disfruta lo que hace, pero mira cómo caen las hojas del almanaque y piensa que podrían ser muchos más los buenos momentos compartidos.

Como el resto de la familia, y aunque lo desee, Chantall ve poco probable el retiro de María Eugenia en un futuro cercano. El cooperativismo, y la cooperativa como medio, es el néctar que bebe en su día a día; el espacio vital donde ejerce, no como una gerente, sino como «coach» empeñada en contagiar la pasión por el aprendizaje y en ayudar en el proceso de crecimiento laboral e individual. Las reacciones del personal bajo su mando, expresadas en mensajes, testimonian el agradecimiento que sienten por el tiempo que María Eugenia les dedica. A Chantall le impresionan de manera particular los enviados por quienes han obtenido bienes, como una casa, o han solucionado problemas apremiantes gracias a la intervención de su madre.

Inspirada en su ejemplo, se ha dedicado en Orlando, donde reside, a prestar ayuda a personas necesitadas. Su plataforma es una organización cristiana a la que también pertenece su esposo, que orienta a presidiarios para su reinserción social cuando salen en libertad. La aceptación respetuosa de la opción religiosa de Chantall se agrega como prueba de la apertura y tolerancia de María Eugenia.

—Nosotros crecimos en la Iglesia católica, nos bautizamos y bautizamos a nuestros hijos en ella. Cuando me convertí al cristianismo, mi madre me dijo que no era nada que tomaría en cuenta porque lo importante es buscar a Dios. Con mi esposo tiene una excelente relación, que a veces me parece mejor que la que sostiene conmigo. Pienso que tiene que ver

con que ambos trabajan con igual intensidad. Pero lo cierto es que disfrutan mucho juntos. En el dominó, lo escoge siempre como frente. Si pierden, acusa a los demás jugadores de haberles hecho trampa.



La responsabilidad es la cualidad que caracteriza a mi madre en todos los roles que le ha tocado desempeñar tanto públicos como privados. Es esto lo que la ha llevado a ser la gran mujer que es hoy. Pero uno de sus valores que más aprecio es la honestidad. Ella me la inculcó como norma de vida. Gracias a este y otros valores que me enseñó mi madre, he podido sobresalir en mi área de negocios, que es ocuparme de la declaración de impuestos de mis clientes, lo que implica manejar sus datos personales. Cada uno de mis 4,000 clientes confía rotundamente en mí, en mi honestidad.

Danshell



Casi con toda seguridad la capacidad de su madre para ponerse en lugar del otro desprovista de prejuicios es la que lleva a Chantall a abrirse a ella en confianza. No sucede así con su padre, aunque reflexiona que en su reserva influye su condición de hombre. Hay cosas que no podría decirle ni como padre ni como persona, que sí puede hablar con María Eugenia, madre y mujer.

Como abuela, sufre los castigos impuestos en la casa a sus nietos y nietas. A veces protesta, pero nunca traspasa la línea que la separa de la intromisión. Satisface, eso sí, el menor deseo

de los nueve, tres de los cuales, un varón y dos hembras, llevan su primer nombre.

Ella es permanente referencia, modelo para establecer comparaciones. Nadie hace un «morisoñando» como ella ni desenreda el pelo con tanta paciencia y delicadeza ni cocina comidas tan deleitosas.

Cuando vio a su madre avanzar hacia el escenario para recibir la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana en el renglón Empresarial que le confería el Ministerio de la Mujer, Chantall no pudo dejar de llorar. Lloraba a lágrima viva, estremecida por la mezcla de satisfacción y orgullo por esa mujer de la que ha aprendido los valores que la sostienen y el amor que se prodiga.



Chantall, Rony, Danshell y Chanell, felices con el reconocimiento Medalla al Mérito de su madre María Eugenia.

La responsabilidad compartida

Corría el año 1989 cuando los destinos de Yanio Concepción y María Eugenia Acosta se encontraron. Él, formado en el sector privado, había ingresado a la Cooperativa Vega Real como miembro consejero del Comité de Vigilancia. Poco dado a los convencionalismos y al aprecio inmoderado de las jerarquías, se acercó a ella y se ofreció a cooperar con la distribución de los documentos que conocerían los miembros de la asamblea a la que ambos asistían.

Han transcurrido treinta y cuatro años y todavía recuerda la expresión de asombro de la joven mujer frente al desusado gesto. Era infrecuente, por no decir que nunca ocurría, que un consejero se ocupara de tareas asignadas al personal subalterno. Hasta entonces, no habían tenido contacto pese a que él visitaba la cooperativa una vez al mes para ejercer su papel de fiscalizador.

—Me dejó una bonita impresión ver cómo ella, que era muy joven, articulaba su equipo de trabajo. Yo venía del sector financiero y mi esquema era el de ese sector. No era una simple fiscalización, sino una auditoría, y en ese tenor formulaba mis recomendaciones al Consejo de Administración. Ella era secretaria de este organismo, pero el presidente de la cooperativa, el profesor Hugo Estrella, la acogió como su

asistente. A partir de esa asamblea, y después, cuando venía a realizar la fiscalización de la Gerencia o a Tesorería, ella siempre estaba presente brindando soporte.

No eran relaciones fluidas en términos amistosos. Políticas expresas dictadas por el Consejo Directivo obligaban a los ejecutivos a guardar distancias del resto del personal. Yanio Concepción no nadaba en sus aguas. Él ha preferido siempre trabajar en equipo y vincularse humanamente con el personal. Lo dice con intención gráfica, no con falsa modestia: si tiene que limpiar el piso, lo hace sin pensarlo dos veces. Él es un híbrido formado por una madre católica y un padre ateo que coincidían en desear fervientemente la justicia.

Los protocolos vigentes entonces tenían una intrahistoria política. La mayoría de los consejeros pertenecían a un mismo partido y compartían el lastre autoritario de la militancia. El cooperativismo, como él lo concebía y asumía, era la negación de este estilo distante, poco empático, donde la subordinación a la jerarquía tenía un lugar principal.

No era ese el único entuerto de la Cooperativa Vega Real. En los años en que Yanio va asumiendo responsabilidades hasta llegar a la presidencia, la entidad atravesaba por momentos difíciles. Uno de ellos, la alta morosidad que disminuía la rentabilidad y, en consecuencia, entorpecía los planes sociales que debía cumplir. Poner las cosas en orden implicó un trabajo

que recayó sobre los hombros del gerente Osvaldo Sánchez, de María Eugenia y los suyos.

Testigo y artífice a la vez junto con ellos del proceso de readecuación a los fines fundacionales de la Cooperativa Vega Real, Yanio evoca cómo fueron desterrando de la empresa los elementos que, como la religión y la política, desvirtuaban la finalidad del cooperativismo. Un paso relevante fue la realización de un análisis FODA (Fortalezas, Oportunidades, Debilidades, Amenazas), a partir del cual se articuló un plan estratégico, proceso en el que María Eugenia demostró sus capacidades de modelar el futuro.

Que Ariel Guarco, presidente de la Alianza Cooperativa Internacional, vea en María Eugenia a una mujer del cooperativismo; que Graciela Fernández Quintas, presidenta de Cooperativas de las Américas, valore su dimensión, y que vaya a presidir el Comité de Elecciones de Género de las Américas no es un pergamino, es un reconocimiento real.

—Descubrí en María Eugenia una gran pasión por lo que hacía, la motivé a continuar formándose y cursó la carrera de Administración.

Para ella la cooperativa es como una segunda familia. La abrazó con el mismo entusiasmo que Osvaldo Sánchez y yo mismo. Los tres nos propusimos organizar y ayudar a la gente. Pero la

pasión de ella fue más intensa, como ocurre casi siempre con las mujeres que se abanderan de una causa.

Durante uno de sus viajes a Perth Amboy, Nueva Jersey, donde tenía negocios y conocidos, cobró conciencia de la gran cantidad de dominicanos, en su inmensa mayoría de origen campesino, radicados en esa ciudad. Su experiencia en el sector financiero privado le encendió la chispa de crear un vínculo institucional para canalizar las remesas con mayores ventajas para los emisores. El resultado fue auspicioso y concluyó en un acuerdo con el Banco BHD y la empresa Remesas Dominicanas. La energía de María Eugenia fue un componente relevante en el éxito de lo que, a primera vista, podía ser considerado una aventura.

—Ella era muy hábil en la tarea de ubicar cada cerebro en su lugar: le asignaba a cada uno el cargo que correspondía a su perfil. Fue organizándole la Gerencia al gerente y continuó avanzando.

Pero, como ella misma ha relatado, el camino no fue expedito. Yanio lo recuerda y lamenta que la mayor resistencia al escalamiento laboral de María Eugenia proviniera de las mujeres. Su cercanía con las instancias ejecutivas provocaba ojeriza y relegaba a un segundo plano la firmeza de su carácter, su natural don de mando y su voluntad de hacer avanzar la cooperativa por los mejores caminos. El apoyo que encontró en la dirección de la empresa, sumado a su ecuanimidad frente

a la situación, terminó en un tiempo relativamente corto con el malestar que algunos fomentaban.

—Cuando te asignan tareas, te ponen metas y te exigen más, es normal que alguien se disguste. La cooperativa no es una empresa financiera per se, es algo más, tiene una finalidad social: hay que trasladarse a los distritos, dar charlas, organizar esto y aquello. Quien no tiene vocación de servicio, se resiste. Había que romper con los esquemas y hubo también gerentes que no entendían la claridad con la que ella hablaba en defensa de la institución.

Llegada a la Gerencia General, María Eugenia logró cohesionar el equipo de tal manera que, desde entonces, no hay meta que no se cumpla, aun en períodos de crisis externas, como ocurrió durante la pandemia de la COVID-19. Ahora, si ella así lo decidiera, podría trabajar a distancia con la seguridad de que todo funcionaría correctamente: cada uno conoce el papel que le corresponde y cómo debe cumplirlo. Cohesión y coherencia que han catapultado a la empresa y a María Eugenia como una «gerente eficiente en el manejo de los recursos, buena administradora, con buenas relaciones humanas».

La dedicación que reconoce en ella ha llevado a Yanio a calificarla, medio en broma, medio en serio, de «mamá gallina» de la institución: protege a cada empleado y empleada, a quien conoce casi siempre en profundidad. Es como si fuera capaz de penetrar en el cerebro y el alma de las personas y entenderlas

plenamente no solo como servidores de la empresa, sino como seres humanos con sensibilidades y preocupaciones que deben ser atendidas. No todo el mundo tiene el bagaje necesario para asumir el beneficio de la empatía.

En términos gerenciales la dupla que conforman ha logrado dar sostenibilidad a un régimen de beneficios laborales y organizacionales modélico. Si bien las capacidades innatas pueden hacer avanzar con mayor rapidez, como ocurre en cualquier otro espacio, el objetivo filosófico las sobrepasa: todos y cada uno de los hombres y mujeres que integran la Cooperativa Vega Real son estimulados con el mismo cuidado para que alcancen sus metas profesionales, laborales y personales. De esto deriva el clima de armonía que se respira en la empresa.

—María Eugenia ha sabido manejar muy bien los factores que hacen posible esta armonía. Como gerente trabaja para que las cosas se hagan bien. «Si te pusiste una meta, cúmplela; y si no la cumples, dime por qué» es su manera de enfocar las cosas. Como estrategia quiere que las cosas se hagan lo mejor posible, sin soslayar el impacto que tiene en la vida profesional de las personas perseguir la excelencia y que los resultados toquen a la familia. Esa eficiencia administrativa de los recursos humanos y económicos no se estudia ni aprende en la escuela. No se desconecta de la cooperativa.

Todo el que la conoce sabe el profundo amor que María Eugenia guarda por sus hijos y sus hijas. Sin embargo, nunca ha antepuesto estar con ellos a sus responsabilidades en el trabajo. Ningún argumento emocional la persuade de viajar a los Estados Unidos para reunirse con ellos si sobre su escritorio está depositado un plan, un programa o cualquier asunto que deba ser saldado por la cooperativa. Junto con los responsables, revisa minuciosamente cada documento, sugiere enmiendas, propone otras salidas. No cesa ni descansa hasta que cual sea lo sometido a revisión alcance el nivel óptimo.

Testigo privilegiado de su trayectoria, pondera los logros de María Eugenia y cita en primer lugar, por abarcador, el respeto ganado en la empresa y en el cooperativismo nacional e internacional. Añade a este la formación académica, puesta al servicio de sus responsabilidades empresariales.

—Es de las pocas mujeres del cooperativismo en América Latina que está reconocida por sus aportes a la igualdad de género. Me atrevería a decir que, en este aspecto, el respeto es más internacional que nacional. Es digno de ver cómo vive ella todo esto: la creación de oportunidades, el equilibrio, la armonía. No son poses, es de corazón, es de verdad, y lo demuestra con su equipo.



La Confederación de Cooperativas de Centroamérica y el Caribe entrega reconocimiento a María Eugenia por sus aportes a la igualdad de género.

En las discusiones sobre temas de género, Yanio no siempre sale bien librado. Las mujeres de la Cooperativa Vega Real, lideradas por María Eugenia, suelen «darle duro», aunque nunca se traspase el Rubicón del respeto. El consenso termina prevaleciendo gracias, precisamente, al talante conciliador de ella, renuente por naturaleza a dejar los problemas irresueltos. La suma de sus capacidades gerenciales y su conciencia de género fueron las dos razones fundamentales por las cuales la Cooperativa Vega Real auspició su postulación a la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana en su versión del año 2022.

—Ella merecía ese premio que, además, marca la historia porque demuestra que no solo las grandes empresarias logran objetivos. No es verdad. Todos conocemos a las quince gran-

des familias que tienen dinero suficiente para reconocer a sus mujeres. Pero fuera de estas, tenemos una campesina, a la que nadie está mirando, que lleva adelante su conuco y al mismo tiempo organiza a las mujeres de su comunidad.

Los años compartidos en el cooperativismo han sellado una cercana amistad. Para María Eugenia las fragilidades de la salud de Yanio son motivo de permanente preocupación. Él la reciproca recordándole a cada paso que las presiones cotidianas a las que se somete pueden terminar mellando la suya. El mérito del lazo que los une es mayor por haberse anudado en el espacio laboral, por lo general poco auspicioso para la construcción de relaciones imbuidas de cariño. Las diferencias sobre temas gerenciales los han llevado en ocasiones a discutir acaloradamente. Nunca, sin embargo, ninguno de los dos ha incurrido en excesos que lesionen la autoestima y menoscaben el afecto que el uno siente por el otro. Hay límites que ambos conocen y son incapaces de traspasar.

—Hay una empatía laboral, familiar, amistosa. Me encanta compartir con sus hijos y, desde luego, con sus nietos. Cuando estos están en el país y vienen a mi oficina, me divierto jugando con ellos, tomándoles fotos, encendiendo la computadora para que jueguen. Ella ha hecho lo mismo con los míos. No es fácil tener trabajo y amistad a esos niveles. Ella es muy sincera, muy franca, muy pendiente del otro, no importa dónde esté.



Apreciando la belleza de la naturaleza.

Armando proyectos frente a una taza de café

La primera impresión que produjo María Eugenia en Margarita Alevante fue la de ser una mujer «comparona». Impecablemente vestida, subida en tacones y maquillada a esa hora de la mañana. La miró y, para sus adentros, se dijo: «¡guay!». Preguntarse qué podía esperar de aquella mujer, no mucho mayor que ella, pero tan bien puesta, la inquietó.

Corría el año 1993 y ella acudió a la Cooperativa Vega Real, en la que había depositado una solicitud de empleo, para ser entrevistada. María Eugenia ejercía entonces el cargo de asistente del gerente general, aunque, en la práctica, su quehacer desbordaba estas funciones. Haciendo las veces de encargada de Recursos Humanos, departamento no creado a la fecha, entrevistó a la joven aspirante. Sus demostradas habilidades le valieron el puesto, pero pidió un plazo de quince días para cumplir la obligación legal de informar a sus empleadores de ese momento.

—El día que regresé a la cooperativa debía entrevistarme con el gerente general antes de comenzar a trabajar. María Eugenia filtraba esas visitas, hacía muchas preguntas. Tenías que decirle a qué ibas; si podía resolverlo ella, ya no consideraba necesaria la entrevista.

Desde siempre tuvo esa fuerza, ese don de mando que servía para descargar de trabajo al gerente general.

La cotidianidad laboral diluyó el efecto de la primera impresión. La relación colaborativa, basada en buena medida en el trasvase de conocimiento de María Eugenia a Margarita, no tardaría en convertirse en amistad. Sin vanagloriarse y sin hacer sentir a la aprendiz su superioridad formativa, le fue enseñando no solo lo relativo al desempeño de su cargo, sino el manejo de equipos novedosos, como la máquina de escribir eléctrica, que ella dominaba con destreza.

Con treinta años en la cooperativa, Margarita ha recorrido todas las áreas. Un aprendizaje en el que ha sido guiada por María Eugenia, de quien fue asistente cuando la reingeniería organizativa fue creando departamentos. Las jornadas de trabajo no tenían horario de terminación. Las altas horas de la noche las sorprendían a ambas enfrascadas en producir las condiciones para que las innovaciones pasaran del papel a la práctica laboral y directiva.

De la misma manera en que ha marcado la vida personal de tanta gente, casi todas las políticas, procedimientos y programas de la Cooperativa Vega Real tienen su impronta. Al momento de su ingreso, la empresa, que ya había transitado el camino de ocho años, carecía de la carne y la sangre que le diera vida. La institucionalidad estaba huérfana de documentos que

plasmaran la filosofía empresarial y trazaran pautas claras a la operatividad. Para María Eugenia fue palmario desde el primer momento que la Cooperativa Vega Real debía salir de su hibernación normativa y, con el apoyo y colaboración de otros ejecutivos, puso en marcha la transformación administrativa y organizacional.



María Eugenia compartiendo con Margarita Alevante y Eldys de León.

—Todas las mañanas, cuando llegábamos a la oficina, nos reuníamos durante alrededor de media hora a tomar café. María Eugenia convertía esos momentos en reuniones de trabajo, porque la noche anterior se le había ocurrido alguna idea y quería discutirla. Muchos de los proyectos más importantes surgieron frente a una taza de café. Era algo que me gustaba mucho, algo que extraño.

La feria anual que celebra la Cooperativa Vega Real se gestó en una de esas ocasiones, lo mismo que el desfile que la precede. Una chispa, una descripción en líneas gruesas y, después, la propuesta formal que se realiza con éxito. A la lista se agrega Coop-Cantera, un programa de capacitación laboral para muchachos y muchachas en los últimos años de bachillerato, que les ofrece la oportunidad de una primera experiencia laboral en el área administrativa. Los frutos son auspiciosos. Críticos con algunas debilidades de la cooperativa, los pasantes formulan propuestas de mejora que los ejecutivos toman seriamente en cuenta. Son, como indica el nombre del programa, una cantera de talentos en los que la cooperativa siembra la semilla de la profesionalización. El aroma del café también impregna la adopción de muchas políticas de compensación laboral a los empleados y las empleadas de la empresa.



Grupo de jóvenes Coopcantera 2022, un proyecto ideado por María Eugenia para jóvenes que desean vivir su primera experiencia laboral.

Tantas fueron las iniciativas hijas de este *coffee break* anticipado al inicio formal del trabajo, que Margarita la llamó en repetidas ocasiones a desacelerar su producción de ideas. La respuesta que recibía revela la personalidad de María Eugenia. Para ella, lo que se piensa no es nunca complicado, y solo demanda que se inicie su ejecución.

Germinaron proyectos en otros lugares y circunstancias, repercutiendo con igual fuerza en beneficio de los asociados y ahorrantes de la cooperativa. Uno de estos es el proyecto de viviendas económicas que permite un techo propio a los de menor poder adquisitivo. Para ampliar las oportunidades de acceder a la vivienda, María Eugenia propuso sortear apartamentos; el precio de los boletos era casi irrisorio. Un lugar no menos preponderante lo ocupa la organización de la feria anual ya mencionada, en la que participan en promedio treinta casas expositoras. Es precisamente en el proceso de negociación con ellas cuando María Eugenia exhibe sus mejores habilidades para obtener precios ventajosos. Su lema es «ganar-ganar», y lo consigue persuadiendo a los expositores de que, sin perjudicarse, fijen precios asequibles a los socios y las socias de la cooperativa.

No solo las personas adultas ocupan su atención. De ella es también la iniciativa de abrir la casa club empresarial al campamento de verano que acoge, en promedio, a mil niños y niñas.

La sincronía de las actividades lúdicas con el cuidado de la integridad física de los participantes es el resultado de la minuciosa organización a la que se dedica. El prolongado aislamiento durante la COVID-19 no detuvo el programa infantil. Margarita recrea la fuerza impresa por María Eugenia al uso de lo virtual como posibilidad de vivir la cotidianidad de otra manera. A través de los medios tecnológicos se reconoció a los estudiantes meritorios, se festejó el Día de Reyes y se celebraron actividades de esparcimiento. Para aportar a las familias con los gastos extra que implicó la docencia virtual, y nuevamente por su iniciativa, se distribuyeron en 2020 más de quinientas tabletas de alta calidad, número que aumentó en enero de 2021. Celosa del cuidado de los recursos ideó un método de evaluación que evitara que las tabletas llegaran a manos de familias con posibilidades de costearlas.

—Contrario a lo que podía esperarse, la pandemia fue un momento de intensa actividad en la cooperativa. María Eugenia y Yanio salieron personalmente a repartir botiquines con los medicamentos recomendados por el Ministerio de Salud Pública cuando aún disponer de una vacuna era impensable. Ambos llegaron a los lugares más remotos y regresaron después para dar seguimiento a la situación de los socios. Todo fue idea de ella.

Con medidas sanitarias que imponían el distanciamiento social, a los empleados y empleadas de la cooperativa no se les ocurrió en momento alguno celebrar la tradicional fiesta

navideña en los amplios salones de la casa club, pero hicieron algo que los gratificó: a propuesta de María Eugenia, utilizaron el dinero presupuestado para el festejo en la preparación de canastas que distribuyeron a personas de escasos recursos. No conforme con esto, aportaron dinero y productos para mejorar el contenido de las canastas. Subyacente a la donación estaba el propósito de que los hombres y mujeres de la cooperativa conectaran con la realidad social y las muchas penurias provocadas por la pandemia.

Por compromiso misional la Cooperativa Vega Real tiene una estructura de vocación comunitaria. Los 276 distritos en los que se distribuyen sus socios y socias garantizan la vida orgánica con el fomento de nuevas adscripciones y los flujos que conectan a las bases con el quehacer institucional. A María Eugenia no le bastaba con la creación de estas unidades por la cooperativa. Pensaba que las instancias gerenciales debían reciprocitar el esfuerzo de los cooperativistas de base e ideó la figura del enlace, con la obligación de asistir a las reuniones semanales celebradas por los distritos.

—Cuando se le ocurrió esto, muchos empleados y empleadas expresaron públicamente su renuencia. La idea de sacrificar una tarde de sábado no resultó de su agrado, pero no tenían opción. Pertenecer a la Cooperativa Vega Real implica un compromiso con lo social y nadie está exento de su cumplimiento. Al final, la tarea ha sido asumida por todo el mundo.

La aceptación no fue maná caído del cielo. La participación de los enlaces se fue consolidando durante un proceso del que surgieron las llamadas «mesas de transformación real», cuya finalidad es convertir en prácticas los valores institucionales: transparencia, honestidad, amor por la naturaleza, equidad e igualdad y vocación de servicio.

—Pese a estar en puestos de dirección, por lo que pudiera ser autocrática y decir «esto es lo que vamos a hacer», María Eugenia es una persona de consenso. Cuando tiene la idea de un proyecto, de alguna innovación, siempre llama al equipo gerencial o a la persona que entiende que puede ejecutarlo, para recabar su opinión. Si la idea la expresa otra persona y ella está en desacuerdo, no impone su parecer, sino que se aboca a un proceso de análisis para que la persona proponente entienda las razones de su objeción. Me ha pasado, y sucede con cualquiera, que cuando he creído que la discusión ha terminado y pido pasar a otro punto, ella insiste en continuar aclarando sus objeciones porque desea que yo esté completamente convencida.

Aun cuando sus propuestas deban ser engavetadas, Margarita experimenta la satisfacción de haber sido escuchada. Ella, como María Eugenia, defiende sus puntos de vista con firmeza y se nutre de las argumentaciones contrarias. Duda de que la participación igualitaria con los ejecutivos en el debate de los temas empresariales sea común. No es lo que pasa en la Cooperativa Vega Real. Disentir de la visión de la cúpula y

exponer la disensión de manera franca, nutre un clima laboral en el que todos terminan convergiendo en el impulso entusiasta de los planes y estrategias que arroja la planificación.

Posiblemente haya mucho de la personalidad de María Eugenia en estas democráticas normas. En el personal de la cooperativa prima el convencimiento de que conoce al dedillo las debilidades y fortalezas de cada uno de los hombres y mujeres con los que trabaja, y es por eso capaz de identificar el nivel de sus expectativas respecto a cualquiera de las cuestiones que forman el día a día empresarial.

—Una de las cosas que distingue su estilo de dirección es que procura siempre que seamos concretos en nuestros planteamientos, que aterricemos. Por ejemplo, si yo, como gerente de Calidad, adelanto que, en la semana que se dedica a este tema cada noviembre, quiero hacer algo, me pide que lo defina con precisión porque no se conforma con simples enunciados. Si le aclaro que no puedo entrar en detalles porque todavía no conozco el enfoque que tendrá la celebración, en la que participan numerosos países del mundo, me pide entonces que lo haga constar.

Añade a la lista de virtudes de María Eugenia, sin orden de prevalencia, el espíritu equitativo que beneficia a todos por igual.

Muchas ayudas que reciben los empleados y las empleadas de la cooperativa no son institucionales. Proviene del desprendimiento personal de ella, de sus recursos. Yo compré mi casa, y un día María Eugenia se apareció con los muebles, con electrodomésticos. Nada comprado con recursos de la empresa, sino personales. No lo ha hecho solo conmigo, sino con muchas otras personas.



En caso de errores, la importancia del cargo no exime de consecuencias. Lo mismo le reclama al guardián que al gerente. Lo mismo al amigo o amiga cercano que al recién llegado al equipo. Cuando lo digno de aplauso es el mérito, utiliza el mismo rasero. Da a cada cual lo que merece.

Su preocupación por quienes la rodean es destacada por Margarita. Conocer esta preocupación de primera mano forma parte de su experiencia vital. Durante más de diez años, tuvo que lidiar con la dolorosa condición de su madre, enferma de leucemia, sin que nunca nada le faltara: ni tiempo para atenderla ni recursos para cubrir los gastos médicos ni flexibilidad con plazos para cumplir las metas laborales. Sintió no solo apoyo, sino también el agrado de ser valorada como miembro del equipo de la cooperativa. La interferencia de sus avatares, que en otra empresa pudo haber puesto en riesgo su permanencia en el empleo, fue manejada por María Eugenia y el conjunto de los ejecutivos con gran sentido humano.

—Mi mamá murió el 19 de marzo de 2020, el día en que la pandemia obligó a cerrar todas las actividades nacionales, y ella no estaba en el país, pero yo no sentí su ausencia: se encargó de que todas las personas que tuvieran que darme soporte en cualquier cosa estuvieran conmigo en el momento preciso. Debo decir que muchos de los tratamientos que recibió mi madre, que eran muy costosos, los cubrió ella con su propio dinero. Ninguna auditoría encontrará que se utilizaron recursos empresariales para ayudarme.

A María Eugenia agradece también tener su casa «ideal». Aunque era propietaria de su vivienda, fantaseaba con el día en que pudiera habitar en la que proyectaba su imaginación, más amplia, más luminosa.

En 2022 logró adquirirla; en todo momento sintió que la amiga y compañera de trabajo disfrutaba el momento como si le perteneciera. Una corriente de empatía que involucra también a sus hijos e hijas, permanentemente dispuestos a tender la mano, a Margarita o a cualquiera, cuando lo necesite o pida.

Ambas han tenido la inteligencia suficiente para manejar la doble naturaleza de la relación que las une. Amigas entrañables, mantienen el espacio laboral al margen de las complicidades. En las reuniones María Eugenia no se exime del señalamiento categórico o de la llamada de atención cuando son pertinentes, aunque, agotada la agenda y guardada la

libreta de apuntes, le pregunte sobre cuestiones familiares. Esta clara demarcación, a veces incomprendida por quienes asumen la amistad como cheque en blanco, es la que les ha permitido sortear situaciones que, en otras circunstancias, hubieran podido dar al traste con los afectos.

—Mi carrera de base es la Ingeniería de Sistema. Cuando se presentó una vacante en el Departamento de Tecnología, me ofrecieron el puesto, pero yo, que trabajaba en Servicio al Cliente y me había vuelto muy parlanchina, rehusé la oferta. De todos modos, si quería continuar progresando en la escala laboral, necesitaba prepararme, y ella me lo hizo notar. En esa época, sus hijos y sus hijas estaban muy pequeños, y los sábados ella traía alguno a la oficina.

Hice muy buena liga con Chanell, la más pequeña de las hembras, una niña muy tierna. Este tipo de cosas abrieron el camino de nuestra amistad.

Para Dionicio Acosta, Margarita es «su hija con los ojos verdes». El cumpleaños de él y el aniversario de boda de ella coinciden en fecha, un motivo más para departir fuera del ambiente laboral. Cuando sus hijas cumplieron quince años, María Eugenia se ocupó de organizar las fiestas hasta en su último detalle. Terminado el bachillerato, la mayor quiso irse a estudiar a los Estados Unidos, y su reacción fue oponerse. Será la amiga quien la convenza de no cortarle las alas a la joven, y ahora no se arrepiente. Reconoce que las opiniones de ella

influyen en las decisiones que toma. Comprobado tiene que, al final, María Eugenia acierta con el consejo.

Abanderada de la formación académica del personal bajo su mando, es pródiga al momento de facilitar las cosas a quien quiera volver a las aulas. La críspa, empero, que lo aprendido no deje frutos a la cooperativa y expresa su malestar apelando a una metáfora: «Están arando, pero no siembran».

La siembra en la que sí todo el personal de la Cooperativa Vega Real participa es en la observación de las normas de conducta que derivan de la política de igualdad de género que María Eugenia fomentó en la empresa, certificada internacionalmente.

Margarita recuerda las circunstancias en las que nació la idea de la certificación. Estando en una actividad formativa en Costa Rica, los porcentajes de feminización de la cooperativa llamaron la atención de los participantes en el evento. Que el 80 % de las gerencias esté en manos de mujeres y que el 60 % de los socios de la empresa sea femenino constituye un hito en el ámbito del cooperativismo.

—Recuerdo que una señora de Honduras tomó la palabra para cuestionar nuestra intención de certificarnos. «¿Para qué lo necesitan si tienen el escenario perfecto?», preguntó. Y María Eugenia le respondió: «Por eso nos vamos a certificar, porque estamos bien, y esas prácticas igualitarias hay que

preservarlas. Y una forma de preservar los avances de una institución es certificarla, porque cuando lo haces tienes que ajustarte a requisitos, a normas, que son de cumplimiento obligatorio. No es que yo, como gerente general, piense así, sino que la persona que me sustituya reconozca y cumpla el compromiso de la empresa».

Sin perder tiempo, llamó a Yanio Concepción para que, en su calidad de presidente, transmitiera la propuesta de certificación al Consejo Directivo que, por coincidencia, se reunía ese día y dio su anuencia unánime. Durante los cuatro días que duró el evento, María Eugenia y Margarita trabajaron en la redacción del acuerdo hasta concluirlo.

En 2022 participó en representación de la cooperativa en el foro de ONU Mujer que se celebra todos los años de manera simultánea con la Asamblea General. En esa ocasión María Eugenia fue cuestionada sobre qué podía hacer la Cooperativa Vega Real para unirse a la campaña «16 días de activismo contra la violencia de género», que comienza cada año el 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, y culmina el 10 de diciembre, Día Internacional de los Derechos Humanos. Apenas habían terminado de hacerle la pregunta cuando llamó a Margarita para pedirle diseñar un programa de actividades que cubriera todo el período.

—Ella trabaja mucho con las mujeres sin descuidar a los hombres. En los cursos que se imparten los hay que son exclusivos del personal masculino y tratan sobre la violencia de género, las buenas prácticas de masculinidad, etcétera.

Está convencida de que a los hombres hay que educarlos. María Eugenia ha tenido la suerte de que la alta dirección apuesta mucho a las mujeres y de encontrar un apoyo muy firme en Yanio, quien tiene una perspectiva muy amplia del problema. Eso nos ha ayudado mucho a consolidar prácticas igualitarias a todos los niveles de la empresa.

Joya de la corona de la política de igualdad de género de la Cooperativa Vega Real es el boletín trimestral *El Valor de la Mujer*, que recoge en sus páginas las actividades realizadas por la empresa por y para las mujeres. Iniciativa de María Eugenia, de ella es también el comentario editorial en el que aborda, con gran claridad, los muchos temas vinculados o derivados de la condición de género. En cada uno de ellos está presente la conciencia de que, para tener un efecto transformador, los logros deben ser colectivos. Como muestra, el párrafo extraído del editorial «Las mujeres y el poder colectivo», publicado en el boletín número 19, correspondiente al trimestre julio-septiembre de 2022:

Sin embargo, no basta con la lucha y el esfuerzo individual de las mujeres, se requiere una verdadera transformación y toma de conciencia personal para ejercer el poder

de manera colectiva y que se logre un buen impacto en la sociedad. Hoy por hoy es necesario que todos los movimientos de mujeres se caractericen por ser vibrantes, diversos, incansables, perseverantes, pero sobre todo inspiradores para otras mujeres.

Las salidas colectivas de las mujeres al ámbito público traen consigo poderosas consecuencias a nivel personal y social. Tienen la ventaja de ser reconocidas públicamente en la comunidad o barrio, lo que conlleva aumentar su autoestima y, en algunos casos, su autoridad. Además, mantener un discurso de defensa de derechos y participación permite un reconocimiento y liderazgo en la ciudadanía, y el compromiso de apoyar y producir transformaciones individuales y colectivas para lograr el espacio que ha soñado en la sociedad.



María Eugenia y Margarita Alevante disfrutando la Medalla al Mérito.

Ella ve más allá de donde alcanza la mirada

Profesional de larga data y reconocida experiencia en las relaciones públicas, y tras más de veinte años trabajando en la empresa, Ambiorix Guzmán no deja de asombrarse de la capacidad de María Eugenia para sugerir acciones que dan mayor peso a su trabajo de consolidar la imagen de la Cooperativa Vega Real en el aprecio de la sociedad vegana.

Su encomio es rotundo: ella tiene una «visión extraordinaria» para definir rumbos y trazar pautas certeras. De ahí que, casi invariablemente, acepte sus opiniones y las incorpore a sus estrategias de posicionamiento institucional, convencido de antemano de que redundarán en beneficio de la empresa.

—Yo propongo ideas y ella aporta las suyas; las unificamos y obtenemos siempre excelentes resultados. Valoro mucho el cuidado que pone cuando analizamos mis propuestas. Una de las cosas que hacen grande a la parte ejecutiva de la cooperativa es el respeto a los manuales de puesto y a las funciones de cada uno. En su caso, lo que hace es aportar. No interfiere en lo que hago, simplemente, repito, añade sus ideas a las mías y los resultados están casi siempre por encima de lo que hemos proyectado.

La fluidez de los planes de relaciones públicas tuvo su prueba de fuego durante la pandemia de la COVID-19. Fue el momento de vencer las negativas consecuencias del aislamiento aprovechando al máximo los recursos tecnológicos. Aun en los momentos más duros, la Cooperativa Vega Real no perdió el contacto con su base. Cada día, las plataformas y redes empresariales llevaron un mensaje a los cooperativistas con los más diversos contenidos: desde orientaciones sobre las medidas preventivas hasta cómo manejar los efectos psicológicos y emocionales de la estricta cuarentena decretada por las autoridades.

El esfuerzo por preservar el mayor grado de normalidad institucional pese a las adversas circunstancias llevó a realizar la feria anual que auspicia la cooperativa, y de la que María Eugenia es ideadora, usando la tecnología. Por los más diversos medios electrónicos, incluida la televisión, los asociados a la cooperativa conocieron el catálogo y los precios y negociaron con los expositores.

Asimismo, y a riesgo de contagiarse, la cooperativa desarrolló el ya mencionado programa de repartición de botiquines con los medicamentos que, en ese momento de incertidumbre, el Ministerio de Salud Pública autorizaba para tratar los síntomas y la propia enfermedad.

—Todo esto fue idea de ella. Me ocupé de la difusión de nuestros mensajes. Teníamos reuniones virtuales constantes. Creo que hicimos un aporte significativo a la prevención del contagio. Nuestra campaña fue permanente. Pero debo decir también que me tocó hacer de mensajero porque, gracias a mi condición de comunicador, me beneficiaba de la excepción establecida en el decreto presidencial sobre la circulación en las calles. Utilizarme en este trabajo fue también idea de María Eugenia.

Desde que ella ocupó la gerencia general, la cooperativa ha crecido en todos los sentidos. En socios, en patrimonio, en el mejoramiento de las estructuras, que antes de su llegada se veían muy pobres. Todo ha cambiado gracias a sus iniciativas. Pero cuando hablamos de los logros institucionales, ella se excluye porque no le gusta el protagonismo. Nunca dice «yo», sino «la cooperativa».

Hasta 2002 Ambiorix hacía con frecuencia de maestro de ceremonia, otra de sus habilidades profesionales, en las actividades diversas de la cooperativa. Ese año la Gerencia de Relaciones Públicas quedó vacante y lo llamaron para ofrecerle el cargo. Hasta entonces, los nexos que mantenía con María Eugenia eran frecuentes, pero no directos, como pasarían a serlo por su contratación. Ella ocupaba la Gerencia de Recursos Humanos y, solo siete años después, en 2009, pasará a la Gerencia General, de la que depende Relaciones Públicas.

Haber sido testigo del ascenso laboral de María Eugenia permite a Ambiorix contrastar el antes y el después de su llegada a la Gerencia General. El elenco de cambios es nutrido, como lo afirman también otros actores del proceso, y mencionarlos todos sería prolijo. Lo resume con un juicio totalizador: para no dejar nada intocado, hasta los vehículos fueron cambiados.

—Ha incidido siempre en los cambios estructurales y en la preparación profesional y técnica del personal. Tiene una manera muy particular de ir pensando las cosas. A veces me digo que ella no duerme ideando lo que hará al día siguiente. El edificio que estamos construyendo lo imaginó ella; llamó al arquitecto y le dijo cómo quería el diseño. En modo alguno resto méritos a quienes la antecedieron en el cargo, pero sí resalto que el cambio con ella ha sido significativo.



María Eugenia compartiendo con miembros de los Consejos de Administración y Vigilancia.

Habiendo trabajado para más de treinta empresas a lo largo de su vida, Ambiorix resalta la infrecuente capacidad dialógica y la calidad humana de María Eugenia. Cualidades que se reflejan en la adopción de un manual de comportamiento de los empleados y las empleadas que él duda de que exista en ninguna otra de las entidades del sector financiero. El resultado es la fidelidad del público a una empresa que considera paradigmática. Las encuestas sobre la calidad de los servicios lo demuestran: el nivel de insatisfacción es cero.



María Eugenia y Ambiorix Guzmán en labores de mercadeo.

Esta calidad del trato se traslada al ámbito laboral. Afirmación repetida es la notoria, cuando no decisiva, influencia ejercida por María Eugenia en que hoy primen en la Cooperativa Vega Real relaciones laborales que privilegian el bienestar de la

empleomanía. La prolongada permanencia en la empresa de un alto porcentaje de empleados demuestra la eficacia de las políticas internas y, sobre todo, de su componente humano.

—Estoy seguro de que cuando abandone la empresa, querré más que ahora a María Eugenia. Antes de mi ingreso a la cooperativa dilapidé mucho dinero y ella me inculcó el hábito del ahorro. Desde entonces soy otra persona. Si hoy disfruto de una vida cómoda, lo agradezco a sus orientaciones. Si no hubiera entrado a la cooperativa quién sabe dónde estaría. Esta empresa me guio. Yo era uno de los vagones del tren que andaba fuera de la vía. Ahora estoy encarrilado.



María Eugenia en conversatorio de Finanzas Personales dirigido al personal de Vega Real.

La función casi pedagógica de María Eugenia hace constantes guiños a la familiaridad. Todas las mañanas, en sus teléfonos celulares o en el correo electrónico, un saludo y un mensaje

inspirador enviados por ella a todos los empleados y las empleadas abre las puertas al trabajo. Al final de la jornada, sobre todo con ocasión de los fines de semana largos, el mensaje los invita a contribuir con la salud planetaria desconectando las computadoras y otros equipos emisores de dióxido de carbono, uno de los principales agentes del calentamiento global.

Ambiorix conoció a María Eugenia cuando, recién llegada de Bonao a La Vega, estudiaba y trabajaba en UCATECI, pero antes que a ella conoció a Roni, su esposo, residente en su mismo barrio. Fue de los pocos amigos que no ahuyentó cuando se propuso enderezar el rumbo de la vida de su marido. Por lo contrario: la frecuentación de Ambiorix a su casa y los intereses que compartían dio nacimiento a una amistad que todavía dura. Quizá por esto no ha visto nunca a María Eugenia como una «jefa», sino como una amiga sincera, cercanía jamás pretextada para incumplir sus responsabilidades laborales.

Ambos han sabido preservar la amistad profesándose un absoluto respeto. Diferencias no han tenido, quizá porque comparten la misma visión de la cooperativa y eso los lleva a coincidir en la búsqueda de las mejores salidas a los desafíos. Si alguna vez asomara el desacuerdo con visos de irreconciliable, Ambiorix recogerá su escritorio y se despedirá de la gerente general porque ningún sacrificio le parece suficiente para conservar a María Eugenia, la amiga.



Yenny Pérez, bautizando a Marcus, nieto de María Eugenia.

Su primer recuerdo de ella es un abrazo

En su memoria temprana siente el calor del abrazo y escucha la sonoridad del beso. Tenía apenas cuatro años cuando María Eugenia la acunó en sus brazos como si fuera una bebé recién nacida. Le acarició la cabecita y, respondiendo a su instinto de espontánea estilista, la peinó. En ese primer encuentro que revive como «si fuera ayer» estaría la clave del vínculo que las une. Son más que hermanas, aunque por sus venas no corra la misma sangre, absolutamente secundaria a la hora de los afectos.

Desde entonces, Yenny Pérez Mateo ha tenido a María Eugenia como su modelo. Los diecisiete años que las separan no han sido nunca obstáculo en una comunicación que fluye clara y tranquila. El escenario de ese primer encuentro fue la casa de Luis Pérez y Luisa Mateo, padres de Yenny, donde María Eugenia había ido a residir desde su natal Bonaó.

—María Eugenia es como si fuera mi hermana. Toda la vida ha sido una mujer muy elegante, antes no tenía los recursos que tiene ahora, pero tuvo siempre ese toque de elegancia, esa personalidad que te llevaba a saber, desde que la conocías, que llegaría muy lejos. La perseverancia es su principal característica. Siempre estuvo enfocada en lograr lo que quería. Siempre ha sido un ejemplo para mí.

Acogida por la familia Pérez-Mateo como una hija más, la joven ejerció plenamente su papel de hermana mayor. Protectora, preocupada por el bienestar de cada una de las cuatro niñas, era también la que encubría las travesuras o les daba lugar, como aquella ocasión en que, reunidas las cinco en el dormitorio, rasgó una guitarra para animar los saltos de cama a cama con los que se divertían. Correa en mano, más con intención intimidadora que propósito de utilizarla, el padre, frente al espectáculo, solo atinó a decirle a María Eugenia que, siendo la mayor, era responsable del orden.

Que las consintiera no significaba que les diera a las niñas licencia para todo. Estudiar era un deber que exigía cumplir de manera casi intransigente. A sus edades, ella les inculcaba que solo se labrarían un futuro digno si no cerraban los libros. Estudiar era un imperativo, y así lo hablaba, insistente, con la madre de las pequeñas. Finalmente, las cuatro cursaron carreras universitarias, y en todo momento María Eugenia celebró sus logros.

Haberse casado y creado su propia familia no separó a María Eugenia de ellas. Aun con sus propias preocupaciones, continuaba pendiente de cada paso que daban, como si se sintiera responsable de su porvenir. Con una edad más cercana a las otras tres que a la de Yenny, encontraba siempre tiempo para el solaz. El anecdotario es extenso y revelador de la calidad de la relación que supo establecer

con la familia que le abrió las puertas de su casa desde Bonaio para estudiar como era su deseo.



Lo que ella es hoy en día no tiene que agradecerlo a un esposo, a un amigo, a un primo, a nadie. Lo hizo por ella. No necesitó que nadie la empujara para serlo; estaba clara de lo que quería. Viene de una familia numerosa y ella es la diferencia.



—Recuerdo que cuando la mayor de nosotras decidió casarse, nos pidió que fuéramos damas de la boda. Porque tenía un hogar e hijos, no se lo pidió a María Eugenia. El día de la boda, se apareció con un vestido idéntico al que llevábamos nosotras y simplemente dijo: «¿Qué se creen ustedes? Yo también voy a ser dama». Recuerdo también la ocasión en que un perro me mordió la espalda. Me llevaron al hospital a curarme y a ponerme una antitetánica. Cuando María Eugenia se enteró de lo que me había ocurrido, fue a casa, me tomó de la mano, me llevó nuevamente al hospital e hizo que me repitieran la cura porque quería estar segura, viéndolo con sus propios ojos, de que estuviera bien hecha. Fue difícil convencerla de que no me podían inyectar otra vez.

La opinión sobre la generosidad de María Eugenia expresada por otros se repite en el testimonio de Yenny. Aprecia sin medida la cualidad que hace de su hermana en el afecto y la vida una mujer que no ha sabido nunca progresar de manera

egoísta. En lugar de concentrarse en alimentar sus particulares éxitos, se siente compelida a arrimar el hombro para que quienes la rodean logren la meta que se han propuesto o, en su defecto, la construyan. Su afán es que adquieran «una mejor forma de vida».

El estímulo parte de un principio que María Eugenia repite como un mantra: «Lo importante es atreverse, decidirse, no tener miedo a tomar decisiones». Yenny lo incorporó temprano a su repertorio de conductas. Sabe que su hermana ha debido echar mano a ese principio muchas veces para no dejar que las adversidades la venzan. Dentro y fuera de la Cooperativa Vega Real, a la que ha dedicado más de treinta años de energía y trabajo comprometido. En ocasiones ha debido desafiar perfidias que le han dolido profundamente, sobre todo por provenir de personas en las que había depositado su confianza. Ha sabido sobreponerse porque, como recomienda a otros, no ha temido tomar decisiones.

—La verdad es que la admiro mucho en todo lo que hace. Cuando la cooperativa realiza actividades y la veo tomar el micrófono y hablar con esa soltura, con esa forma tan suya de convencer, la grabo y le mando el video a sus hijos. También en esto he aprendido mucho de ella. Soy profesora de Mercadotecnia en la sede de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y cada vez que un estudiante me dice «profe, pero usted sí habla bonito», pienso en ella insistiendo siempre en que habláramos de manera correcta, en que leyéramos

para enriquecer el léxico. Cuando la escucho hablar, sea en una reunión o en cualquier otro lugar, le escribo para decirle lo orgullosa que me siento de ella.

La admiración de Yenny, que comenzó a la temprana edad de cuatro años, se afianza en el conocimiento que tiene de las muchas batallas libradas por María Eugenia para abrirse paso en la vida. De los diez hijos e hijas de Dionicio Acosta, solo ella ha logrado sobresalir socialmente y obtener varios títulos universitarios. Esta excepción tiene una sola explicación: se lo propuso y lo cumplió.

Aunque cercana con todas las Pérez-Mateo, Yenny es la que tiene el vínculo más íntimo con María Eugenia. Tal vez, conjetura, porque no se ha casado y no tiene que cumplir con las obligaciones domésticas y maternas que reducen el tiempo social a sus hermanas de sangre. Puede también deberse a su casi contemporaneidad con los hijos e hijas de María Eugenia, para quienes Yenny es la «tía preferida» por la que sienten un cariño «nivel Dios».

Cuales sean las razones de la particular cercanía, Yenny ha encontrado en María Eugenia un apoyo incondicional, aunque no exento de críticas cuando ha debido hacerlas.

—Mis padres son personas convencionales. Cuando a los 38 años decidí mudarme de mi casa, con la primera persona que consulté mi decisión fue con ella. Quería vivir sola. Si no lo hice

antes no fue porque careciera de recursos económicos, sino por la tradición familiar. María Eugenia fue la que comunicó mi decisión a mi papá. Me ayudó en todo y me insistió en que la llamara para lo que necesitara.

No eran meras palabras. El apartamento donde vive desde hace dos años es propiedad de María Eugenia. Le indicó dónde estaba la llave y la instó a mudarse de inmediato, si así lo deseaba. Terminará cediéndoselo en alquiler solo porque Yenny se negó rotundamente a ocuparlo de gratis. Lo que sí hizo sin consultarla fue comprarle una buena parte del mobiliario y los electrodomésticos imprescindibles para una vida medianamente cómoda. Después, la conminó al silencio. Gestos que a otras personas pueden parecerles insignificantes, pero no a ella, que los atesora como prueba de la grandeza de alma de su hermana.

—Al día siguiente de decirle a María Eugenia que me iba a mudar, a mi papá le diagnosticaron cáncer. Si ella no llega a hablar con él, posiblemente no me hubiese mudado, no hubiese tenido el valor. Cuando ella notó que vacilaba, me exhortó a tomarme a mí misma en serio, haciendo hincapié en que cuando una toma una decisión, debe cumplirla. Gracias a ella, no cejé.

Empleada en tres lugares —en una escuela en la mañana, en el club de la cooperativa en la tarde y en la UNPHU en la noche— a Yenny apenas le alcanza el tiempo para nada.

En el verano de 2022 María Eugenia le propuso trabajar a tiempo completo en la cooperativa con el mismo salario que devenga como profesora. Se negó porque su pasión es enseñar, influir en la vida de las niñas, aunque aceptó un medio tiempo y no discutió remuneración. Como si fuera poco, estudia la carrera de Psicología Educativa, cuyo título se unirá a los obtenidos en Administración de Mercados, Habilitación Docente y Dirección Comercial.

Las marcas dejadas por María Eugenia en su vida tienen que ver también con la construcción de Yenny como mujer empoderada. Saber conscientemente que puede hacer lo mismo que un par masculino, que tiene los mismos derechos y deberes, ha sido definitorio en el rumbo de su existencia. «De donde vengo no puede limitar hacia donde voy», también lo aprendió de ella. Apoyada en el sentido de la frase, nunca ha sido conformista frente a valores y situaciones que no encajan en cómo asume la vida.

—He tenido la oportunidad de estar en lugares donde la mencionan, y con todo el orgullo digo: «Ella es mi hermana». No llevo su sangre, pero llevo muchas cosas más importantes que me ha dado y desarrollado en mí. Cuando me siento mal, es la única persona a la que puedo llamar y confiarle mis angustias. Cuando me mudé, pasé por un momento difícil; entonces no tenía pareja. Mi doctora me dijo que estaba en la edad límite de tener un hijo, y se lo confié a mi mamá y no reaccionó bien; pasé casi un mes en depresión. Dicen que la gente de la calle

siempre te da la razón para quedar bien contigo, pero María Eugenia no es de la calle, y por eso la llamé.

Se sentaron una frente a otra y Yenny lloró como suele hacerlo cuando, agobiada por las circunstancias, abre su corazón a la hermana que le regaló el destino. La respuesta de María Eugenia fue afirmarla en su derecho a ser madre, a tener un hijo «con quien tú quieras y cuando quieras», a demostrar cuánto es capaz de hacer con su propio esfuerzo, a no aceptar que le impusieran límites. Por eso, reitera, es «un ser especial».

Tan especial la considera que duda en calificar de defecto de la personalidad el alto nivel de exigencia que la caracteriza, sobre todo porque no cualquiera puede cumplir sus estándares. Fuera de eso, es insuperable en el cumplimiento de los roles que desempeña: madre, esposa, hermana, amiga, cooperativista. Los frutos cosechados en lo privado y en lo público economizan el discurso.

—La necesitas y está siempre ahí. Cuando una persona es así, resulta difícil pensar en sus defectos. Como todo el mundo, debe tener alguna debilidad, quizá algo de su carácter o el nivel de exigencia que ya señalé. Pero nada más.

Colofón

En la pared del fondo de la oficina de María Eugenia Acosta en la Cooperativa Vega Real un mapamundi señala con puntos rojos los países donde el cooperativismo asocia a las personas para lograr objetivos comunes de bienestar. En las laterales cuelgan, enmarcados, reconocimientos, diplomas y recortes de publicaciones sobre la Cooperativa Vega Real o sobre ella. Es una oficina modesta y pequeña, se diría incluso que un tanto incómoda. Sobre el escritorio, unas orquídeas blancas y muchos papeles, documentos y todo tipo de material impreso. Un toque con los nudillos en la puerta basta para abrirla. No hay intermediarios. Detrás de su escritorio, la gerente general está presta a escuchar al empleado o la empleada que solicita hablar con ella.





María Eugenia con sus hijas Chantall y Chanell.



El presidente Luis Abinader hace entrega a María Eugenia de la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana en la categoría Empresarial.



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

ISBN: 978-9945-9342-6-7



9 789945 934267